265
5497

EL

HIJO NATURAL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO

POR

ALEJANDRO DUMAS, HIJO

TRADUCIDA

POR DOÑA EMILIA SERRANO DE WILSON

PARIS
ADMINISTRACION DE LA CAPRICHOSA
Passage Saulnier, n. 10

1858

17

EL HIJO NATURAL

LIBRERIA DE JOSÉ ANLLO
JABONETREZO, 77.

IMPRENTA DE D'AUBUSSON Y KUGELMANN,
Calle de la Grange-Bat lière, 13, Paris.

EL

HIJO NATURAL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO

POR

ALEJANDRO DUMAS, HIJO

TRADUCIDA

POR DOÑA EMILIA SERRANO DE WILSON

PARIS

ADMINISTRACION DE LA CAPRICHOSA
Passage Saulnier, n. 10
1858

PERSONAJES.

Clara Vignot.	Jacobo.
Enriqueta Sternay.	El Marqués de Orgébac.
La Marquesa.	Arístides Fressard.
Herminia.	Luciano.
La señora Gervasia.	El Doctor.
Carlos Sternay.	Criados.

El prólogo pasa en 1819, en Paris.

El primer acto en Ingouville, en casa de la señora de Sternay.

El segundo acto en el Havre, en la fonda de Francia.

El tercero, en la casa de campo del marqués de Orgebac, cerca de Paris.

El cuarto, en la casa de Clara Vignot, en Paris.

PROLOGO

Casa de Clara.—Habitacion sencilla y adornada con buen gusto.—Puerta en el fondo, hàcia la izquierda, que va á la escalera.—Puertas laterales: una á la izquierda, que conduce á la habitacion de la señora Gervasia, y otra á la derecha que da entrada al cuarto de Clara.—En el fondo una chimenea.—Muebles de caoba.—Un bastidor de bordar, etc.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO Y LA SEÑORA GERVASIA.

LUCIANO, *saliendo.*

Buenos dias, señora Gervasia.

GERVASIA.

Buenos días, don Luciano.

LUCIANO.

Cómo está el niño?

GERVASIA.

El niño está mejor, mucho mejor.

LUCIANO.

El médico le ha cuidado bien?

GERVASIA.

Perfectamente.

LUCIANO.

Tiene buen corazon y es un médico escelente.

GERVASIA.

Y os habeis molestado solamente para venir á saber si nuestro Jacobo está mejor? Sois muy amable.

675542

LUCIANO.

La molestia no es mucha, puesto que vivo en la casa.

GERVASIA.

De la cual sois propietario, sin embargo de que nadie lo conoceria si no fuera por los recibos; y aun eso, se necesita pedíroslos tres ó cuatro veces.

LUCIANO.

Conozco lo fastidioso que es pagar el alquiler, y además entre amigos no se necesita mortificarse.

GERVASIA.

Entre amigos? qué decís?

LUCIANO.

Pues qué, vuestra sobrina no me aprecia? haria mal, porque yo me intereso mucho por ella.

GERVASIA.

Lo cierto es que ella es mas amiga vuestra que no las que dicen que lo son y os dejan llevar esa vida...

LUCIANO.

Qué vida, señora Gervasia?

GERVASIA.

Apostaria á que volveis á casa en este momento!

LUCIANO.

Sí, ahora mismo.

GERVASIA.

A las once de la mañana!

LUCIANO.

Y qué! eso prueba que habré salido muy temprano.

GERVASIA.

Con corbata blanca y medias de seda... lo que prueba es que desde anoche estais fuera de casa.

LUCIANO.

Me habré olvidado de volver

GERVASIA.

Vaya una cara que teneis!...

LUCIANO.

Qué remedio! hay que pasar la juventud.

GERVASIA.

Con ese método sin duda que se pasará pronto.

LUCIANO.

Pues y vos?

GERVASIA.

Yo...

LUCIANO.

Sin duda; adónde íbais ayer tarde, hácia el arrabal de San Dionisio?

GERVASIA.

Iba al arrabal de San Dionisio.

LUCIANO.

Para qué?

GERVASIA.

Para vender unos bordados en la tienda que hace esquina al *boulevart*.

LUCIANO.

Y quién ha hecho esos bordados?

GERVASIA.

Quién? mi sobrina Clara, ya lo sabeis.

LUCIANO.

Creo que los bordados no se venden muy caros.

GERVASIA.

Si supieran todos aquellos que como vos, por ej em-

plo, dan su dinero á esa clase de mujeres ociosas, lo que cuesta ganar veinte francos, estoy segura de que tendrian remordimientos! Su disculpa es que no lo conocen.

LUCIANO.

Vendedme bordados, no deseo otra cosa.

GERVASIA.

Yo no os los ofrezco.

LUCIANO.

No, pero supuesto que me hacen falta...

GERVASIA.

A vos, y para qué?

LUCIANO.

Para las personas ociosas de quienes me hablábais, quiero decir que las daré géneros en lugar de dinero: esto las enfadará, pero no importa: no creais que lo digo por broma; los cuellos y mangas os los pagaré lo que valgan; preferidme.

GERVASIA.

Soy muy maliciosa, don Luciano.

LUCIANO.

Porque sois mujer.

GERVASIA.

Porque lo soy, conozco vuestra bondad.

LUCIANO.

Solamente los tontos son malos.

GERVASIA.

Esto prueba que teneis talento, porque sabeis adivinar lo que se calla.

LUCIANO.

Yo no sé nada.

GERVASIA.

Vamos, no mintais.

LUCIANO.

Pues no hablemos mas, lo sé todo. (*Se levanta.*)

GERVASIA.

Os vais á acostar?

LUCIANO.

No, voy á vestirme y á montar á caballo.

GERVASIA.

Un buen sueño os sentaria mejor.

LUCIANO.

Tiempo tendré á la noche.

GERVASIA.

Y si no mañana, no es verdad? Os mataréis... y esto no acreditaria vuestro talento.

LUCIANO.

Tengo una salud de bronce; (*Al médico que sale.*) no es verdad, doctor?

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS Y EL DOCTOR.

EL DOCTOR.

Qué?...

LUCIANO.

No es verdad que soy de bronce?

EL DOCTOR.

Vos... estais fabricado sobre arcos de hierro, como el Puente Nuevo.

LUCIANO, *á Gervasia.*

Ya lo veis.

GERVASIA, *al doctor.*

Voy á prevenir á mi sobrina que estais aquí. (*Vase.*)

ESCENA TERCERA.

EL DOCTOR Y LUCIANO.

EL DOCTOR.

De manera que haceis la córte á la dueña de la casa?

LUCIANO.

Yo? de ninguna manera.

EL DOCTOR.

Sin embargo, eso es lo que se dice.

LUCIANO.

Es un error.

EL DOCTOR.

Es bonita?

LUCIANO.

Sí.

EL DOCTOR.

Dicen que es muy buena.

LUCIANO.

Escelente; pero ni me ama, ni yo pienso en ella; además que adora á su marido.

EL DOCTOR.

Pero... verdaderamente es casada?

LUCIANO.

Y porqué no? creéis que no pueda haber mujeres casadas?... qué manera de mirarme teneis, mi querido doctor!

EL DOCTOR.

Cuidaos.

LUCIANO.

De veras?

EL DOCTOR.

Por muy buena y robusta que sea una persona, necesita cuidarse un poco. Porqué no viajais?

LUCIANO.

A Italia?

EL DOCTOR.

Sí... ó sino casarse.

LUCIANO.

Gracias! ese es un remedio que está lejano... prefiero la Italia. (*A Clara que sale.*) Buenos dias, señora; cómo estais?

ESCENA CUARTA.

LOS MISMOS Y CLARA.

CLARA.

Buena, don Luciano, gracias.

LUCIANO.

Con qué el niño está mejor?

CLARA.

Verémos lo que dice el médico.

EL DOCTOR.

Ha dormido bien?

CLARA.

Perfectamente.

EL DOCTOR.

Buena señal... voy á verle. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA QUINTA.

CLARA Y LUCIANO.

CLARA, *disponiéndose á seguir al médico.*

Me permitís, don Luciano?

LUCIANO.

Ciertamente, id.

CLARA.

Teneis algo que decirme?

LUCIANO.

No, solamente que me parecia que estábais triste ayer.

CLARA.

Estaba inquieta por la salud de mi hijo.

LUCIANO.

Nada mas que por eso?

CLARA.

Sí.

LUCIANO.

Pero hoy estais mas tranquila.

CLARA.

Sí, estoy menos impaciente.

LUCIANO.

Habeis tenido noticias de vuestro marido?

CLARA.

Le estoy esperando hoy.

LUCIANO.

No quiero deteneros, id á reuniros con el médico. (*La da la mano.*)

CLARA.

Teneis calentura.

LUCIANO.

Sí, ya lo sé... tengo ochenta y cinco pulsaciones por minuto, que hacen diez y seis mil pulsaciones de mas por dia; ya he hecho mis cálculos.

CLARA.

Pero entonces... estais enfermo?

LUCIANO.

Sí, y mucho.

CLARA.

Vaya una manera de decirlo!

LUCIANO.

Y cómo quereis que os lo diga?

CLARA.

Voy á llamar al médico, porque necesitais cuidaros.

LUCIANO.

Es inútil, no puede hacer nada: yo sé mejor que él lo que tengo.

CLARA.

Qué teneis?

LUCIANO.

Es muy sencillo soy hijo de un padre que murió á los treinta años de un aneurisma, y de una madre que murió á los veintitres enferma del pecho, quedé dueño de mis acciones á los diez y ocho años, y fuí amo de mi fortuna á los veintiuno: esto basta para conocer que me queda todavía un año para...

CLARA.

Qué niñerías!

LUCIANO.

Sé lo que me digo. Hasta la vista.

CLARA.

Pero...

LUCIANO.

Ah! os ruego que no me tengais lástima, y que no me digais que me cuide. Si supierais qué fastidioso es oir que se compadecen de uno! A cada momento encuentro personas que me dicen: Qué mala cara tiene usted.

deberia usted cuidarse... qué tiene usted?... está usted muy pálido... Otros no dicen nada; pero se lee lo que piensan en sus ojos: no se puede imaginar una cosa mas insufrible. Ya lo sé... que estoy malo... no tengo necesidad de que me lo digan; pero los que gozan de buena salud, hacen alarde de estar buenos.

CLARA.

Lo que dicen es por vuestro interés.

LUCIANO.

Ah bah!... quién se interesa por mí?

CLARA.

No solamente estais enfermo..... además teneis un pesar.

LUCIANO.

He tenido uno, pero ya se acabó.

CLARA.

Una mujer, es cierto?

LUCIANO.

Naturalmente. Siempre es una mujer la causa de un pesar en un hombre de mi edad.

CLARA.

Y para olvidar...

LUCIANO.

He pasado malas noches...he jugado,he querido amar á otras. No he podido olvidar... y me he matado... siempre sucede lo mismo.

CLARA.

No teneis á nadie que os ame?

LUCIANO.

Tengo cincuenta mil libras de renta... No se puede tener todo.

CLARA.

Sin embargo, hay mujeres honradas.

LUCIANO.

Sí, vos: queréis amarme?

CLARA.

Don Luciano...

LUCIANO.

Es una broma, y no del mejor tono; pero es necesario reir un poco. Si durante el año que me queda puedo serviros en algo, no vacileis. Cuando pienso que podria haber encontrado una mujer como vos, al entrar en la vida... Tal vez no la hubiera querido... los hombres son tan tontos... Han traido ayer los juguetes para el niño?

CLARA.

Sí, adivinó que era regalo vuestro... os doy mil gracias.

LUCIANO.

Querido niño... es tan bonito... id á verle (*al doctor que sale*). Hasta la vista, doctor. Carne asada, nada de emociones, y un viage á Italia, no es eso?

EL DOCTOR.

Sí, mala cabeza.

LUCIANO *á Clara.*

Permitís que venga á daros las buenas noches?

CLARA.

Cuando gusteis. (*Luciano se va.*) Pobre jóven!...

ESCENA SESTA.

CLARA Y EL DOCTOR.

EL DOCTOR.

Le teneis lástima, señora.

CLARA.

Está muy malo...

EL DOCTOR.

Sí, pero no quiere cuidarse y pasa las noches sin dormir. Es necesario que sea muy sólida la máquina humana para que á ese jóven no le hayan enterrado hace mucho tiempo. Caerá de repente para no volverse á levantar.

CLARA.

Ya lo sabe él.

EL DOCTOR.

De veras!

CLARA.

Hace un momento me decia que le quedaba un año de vida.

EL DOCTOR.

Se engaña.

CLARA.

No es verdad?

EL DOCTOR.

Morirá dentro de seis meses. Por muy confiado que esté en la muerte, por muy preparado que se encuentre á morir, sin embargo, en las enfermedades como la de don Luciano, el hombre cree vivir mas tiempo, que el que realmente le queda. La costumbre de vivir es la que se pierde con menos facilidad, porque es la primera que se ha tomado.

CLARA.

Es terrible!...

EL DOCTOR

Es triste...

CLARA.

De manera que casi no me atrevo á preguntaros cómo encontrais á mi niño.

EL DOCTOR.

Oh! en cuanto al niño no teneis nada que temer.

CLARA.

Se os puede creer?

EL DOCTOR.

Hoy le dareis una buena sopa, mañana un poco de gallina, y dejadle; esto es todo lo que hoy puedo deciros.

CLARA *le da varias monedas.*

Doctor, tened lo devengado por las visitas que habeis tenido la bondad de hacer; ciertamente que con esto no pago todo lo que os debo. Cuando el niño esté mejor irémos juntos para daros las gracias.

EL DOCTOR.

Entonces os espero lo mas tarde dentro de dos ó tres dias.

CLARA.

Gracias por esa promesa.

EL DOCTOR.

Señora, estoy á sus piés.

CLARA.

Hasta otro dia, doctor. (*El doctor se va.*)

ESCENA SEPTIMA.

CLARA Y LA SEÑORA GERVASIA.

CLARA *á Gervasia.*

Hoy debe volver Cárlos. Tal vez comerá aquí. Ya sabes lo que le gusta.

GERVASIA.

No tienes que decirme nada, voy á preparar una buena comida. Casualmente habia hecho caldo para el niño. Comeréis á las seis?

CLARA.

Es probable.

GERVASIA.

Bien, déjame á mí.

ESCENA OCTAVA.

LOS MISMOS Y ARISTIDES.

ARISTIDES, *abriendo la puerta.*

Se puede entrar?

CLARA.

Cómo, eres tú, Arístides! Cuánto me alegro de verte.

ARISTIDES.

Yo mismo! Buenos dias, Gervasia. Siempre os encuentro la misma.

GERVASIA.

No os marchais al momento?

ARISTIDES.

No.

GERVASIA.

Entonces voy á la compra. (*Vase.*)

ESCENA NOVENA.

ARISTIDES Y CLARA.

ARISTIDES *á Clara.*

Mírame un momento. Se te puede tutear aun?

CLARA.

Sí.

ARISTIDES.

No temas si crees que se pueda incomodar alguno.

CLARA.

No, Arístides. Todos los que me conocen saben que te amo como á un hermano.

ARISTIDES.

Parece que estás contenta!

CLARA.

Llegas en un buen dia.

ARISTIDES.

Pues qué, hay otros malos?

CLARA.

Siempre hay unos mejores que otros.

ARISTIDES

Y el niño?

CLARA.

Está mejor.

ARISTIDES.

Pues qué, ha estado malo?

CLARA.

Sí, un fuerte resfriado.

ARISTIDES.

El señorito ha tenido la tos ferina? Estarias muy inquieta!

CLARA.

He pasado algunas malas noches.

ARISTIDES.

Le podré ver?

CLARA.

Sí, allí está (*Señalando á la puerta de la derecha.*)

ARISTIDES.

Y el padre?

CLARA.

Va á volver hoy mismo.

ARISTIDES.

Hé aqui la razon de tu gozo. Estaba de viaje?

CLARA.

Hace seis semanas.

ARISTIDES.

De modo que no hay nada de nuevo en tu vida?

CLARA.

Nada; y en la tuya? En primer lugar, y tu padre?

ARISTIDES.

Continúa tintorero; pero hay algo de nuevo.

CLARA.

Qué?

ARISTIDES.

Aquí donde me ves, vengo á Paris á buscar los papeles para...

CLARA.

Para casarte? y con quién te casas?

ARISTIDES.

Me caso con el bufete... (*reponiéndose*) es decir, con la hija del tio Chauveau.

CLARA.

De tu principal?

ARISTIDES.

Justamente.

CLARA.

Segun lo poco que yo me acuerdo era bonita.

ARISTIDES.

Y lo es aun mas. Tiene la nariz un poco remangada, no es cosa que me disgusta : esas narices animan la fiso-

nomia. Además tiene muy buena salud, una salud de provincia; está tal vez demasiado gruesa, pero cuando se ve amada una mujer... y es muy honrada, á la menor cosa que se burlan de su amor se hecha á llorar; si me oyera...

CLARA.

La ámas?

ARÍSTIDES.

Yo, la adoro; me dará robustos y torneados muchachos, colorados como manzanas... ella los criará... será buena casera... tendré la ropa blanca bien arreglada en los armarios, y hará el dulce para el invierno: era la mujer que habia yo soñado.

CLARA.

Y el padre no ha encontrado dificultades?

ARÍSTIDES.

El me la ha ofrecido. Ha visto que nos amábamos: no era difícil, porque imitábamos á lord Byron; dábamos suspiros capaces de ablandar las piedras: ella le dijo á su padre: Le amo y quiero casarme con él!. . El padre respondió: Está bien, cásate..... despues me llamó á parte y me dijo: Hijo mio, te doy mi hija y te vendo mi estudio en la mitad de lo que vale; me lo pagarás cuando puedas. Nos abrazámos. Me apresuré á ir á anunciárselo á mi padre, quien me dijo: Me quiere humillar de eso modo; pues bien, espera. Y me dió cuarenta mil francos!... Quién hubiera pensado en eso... el ser tintorero es lucrativo!... Pero hablemos de tí; sabes que te quiero mucho, y por tí he venido.

CLARA.

Ya lo sé, buen Arístides.

ARÍSTIDES.

Tambien tu madre me queria; pobre mujer! me parece que la veo aún en su tiendecita de sedas en Tours, al lado de la tienda de mi padre: cuántas veces hemos estado reunidos! Nos zambullíamos en el añil; y los bo-

fetones que me daban; y el perro del tendero, que lo habíamos teñido de amarillo y verde! te acuerdas cómo se enfadaba? y el tendero? si estaba cerca ó lejos! Despues llegó un dia que cambió la suerte. Tu pobre madre cayó enferma, murió, fué necesario vender la tienda y ganarse la vida. Te quedaste con tu tia Gervasia... escelente mujer!... pero no ve mas allá de su nariz. Tuviste que trabajar en las casas ajenas Tenias diez y seis años... yo estudiaba leyes en Paris, con setenta y cinco francos por mes, tirando de aquí y de allá, esperando en el porvenir, ayunando varios dias. Nos hemos perdido de vista, y te vuelvo á encontrar hace cuatro años, te acordarás en qué circunstancias; pobrecita! Pero en fin, eres feliz?

CLARA.

Tan feliz como es posible sérlo.

ARÍSTIDES.

Eso no es una contestacion. Cómo se porta contigo el padre del niño?

CLARA.

Bien.

ARÍSTIDES.

Te ama como siempre?

CLARA.

Como siempre.

ARÍSTIDES.

Quiere á su hijo?

CLARA.

Sí.

ARÍSTIDES.

Le ha reconocido?

CLARA.

No.

ARÍSTIDES.

Porqué?

CLARA.

A causa de su familia.

ARÍSTIDES.

Ese no es un motivo para un hombre honrado.

CLARA.

Me ha prometido reconocerle.

ARÍSTIDES.

Y mientras tanto os ha asegurado con qué vivir?

CLARA.

No le he pedido nunca nada.

ARÍSTIDES.

Entonces cómo vives?

CLARA.

Trabajando.

ARÍSTIDES.

Y te permite ese hombre que trabajes para criar á tu hijo teniendo la posicion que tiene?

CLARA.

Varias veces me ha ofrecido y aun me ha traido dinero que siempre he rehusado. Bastante es que acepte un regalo el dia de Navidad, el de mi santo ó el del niño. Él es el que me ha dado todo lo que hay aquí: y esto porque he creido, que se encontraria mejor con unos muebles decentes cuando viene aquí, que con los pobres que yo tenia.

ARÍSTIDES.

No has debido ser tan delicada.

CLARA.

Arístides!

ARÍSTIDES.

Ciertamente. Tú no eres rica; él es el que debe tener cuidado de su hijo.

CLARA.

El niño cuesta poca cosa, y además me parece que no dependiendo mas que de mí sola, me pertenece en mas alto grado; mientras que yo pueda bastar á nuestros gastos, no quiero recurrir á nadie. Además que Cárlos pensaria tal vez que era un cálculo de mi parte: creo que me ama, pero deseo que me estime.

ARÍSTIDES.

No por eso decaerias en su estimacion, y te amaria aun mas, si le recordaras los deberes paternales. Le has acostumbrado á olvidarlos y cualquier dia... No tengo mucha confianza en ese señor de Sternay: esas gentes que están acostumbradas á no hacer nada, y que hacen su entrada en el mundo con su fortuna hecha; esos hombres ociosos, repito, hacen la desgracia de las mujeres como tú. Varias veces le he visto paseándose en los alrededores del castillo de su madre; le he visto ir á la ciudad cuando era mas jóven acompañado de su precepter; pues bien, á los quince años se ocupaba demasiado en sus perros y en sus caballos, para que su corazon se haya formado en esas ocupaciones. Concibo que un jóven que depende de su familia no se case inmediatamente con la mujer de quien tiene un hijo, cosa que no es regular; pero que cuando el niño tiene... qué edad tiene?

CLARA.

Tres años.

ARÍSTIDES.

Pero cuando el niño tiene tres años... ah! verdad es, hace tres años que fuí á declarar su nacimiento á la alcaldía el 5 de febrero de 1816; cómo pasa el tiempo... Pues bien, decia que puesto que el niño tiene tres años sin que su padre le haya reconocido, sobre todo, cuando no puede dudar que sea su hijo, comportándote como lo

haces, no comprendo su cariño. Si por una fatalidad Sternay muriese de repente de una caida del caballo ó de otra causa, qué seria de tí con una criatura, sin fortuna y sin nombre? Eras una mujer honrada cuando tuvo la idea de enamorarte? Sí, no es verdad? Ahora bien, hay situaciones en la vida que empeñan todo el porvenir del hombre. Tanto peor para él! Un hombre de veintisiete años, no es ya un niño; sabe lo que hace. Veamos: un jóven viene á pasar tres meses de verano en el castillo de su madre, porque no tiene dinero para estar en Paris. Al cabo de un mes de una existencia puramente material, el amor atraviesa por su cabeza; el castillo está á quince leguas de la ciudad; no hay mujeres jóvenes á quienes hacer la córte, sino dueñas respetables con antiparras, y jugando al whist en un salon. Convengo en que esto no es nada alegre, pero no era por culpa tuya. Un dia el jóven necesita varias cosas para ir á la pesca, y para ir á la boardilla donde se encuentran pasa por el cuarto que contiene la ropa blanca, donde ve á una jóven cosiendo al lado de una ventana. Lo que es el destino! eras jóven, eras bonita, no tenias madre que te vigilase, y trabajabas para vivir; la señora de Sternay habia pedido una costurera en la ciudad vecina, y te habian mandado á tí: treinta cuartos por dia, casa y manutencion por un mes, era una cosa inesperada, que se debia tomar al instante, y luego la casa era respetable! Sternay te vió; era jóven, elegante, de talento, además la seduccion, la elocuencia que da la vida del campo á un hombre de veintisiete años, y la ocasion que se le presentaba! Le amaste, y venció: no eres la primera, hay muchas así; tienes un niño, vives como la mujer mas honrada; no le cuestas nada, eres una buena madre; es necesario que tu hijo tenga un porvenir, sobre todo, que tenga el nombre de su padre. Yo soy su padrino, no he podido hacer mas que darle un nombre de pila; pero Sternay debe darle el nombre de familia: quieres que vaya á buscar al señor de Sternay?

CLARA.

No harás semejante cosa.

ARÍSTIDES.

Porqué?

CLARA.

Porque no quiero violentar la voluntad de Cárlos.

ARÍSTIDES.

Crees que si tuvieras cien mil francos de renta tendrias que violentarle para que se casase contigo? No; pues bien, cuando un hombre no tiene nada que echar en cara á la madre de su hijo mas que el no ser rica, su deber es casarse con ella como si lo fuera.

CLARA.

Por desgracia, Cárlos no es dueño de sus acciones, mi querido Arístides.

ARÍSTIDES.

Es dueño de las malas, ya se ve.

CLARA.

No, le juzgas mal; si de él solo dependiese, hace mucho tiempo que yo seria su mujer.

ARÍSTIDES.

Él te lo ha dicho!

CLARA.

Muchas veces. Si tuviera, como me decias hace poco, cien mil francos de renta, este matrimonio se verificaria al momento, porque la familia no podria acusarme de cálculo. Cuando una pobre muchacha como yo ha cometido una falta con un hombre superior á ella, y con el cual se casa, no dicen: ha tenido confianza en él; sino dicen: ha sido muy diestra. Yo no soy sagaz, y no deseo que lo digan.

ARÍSTIDES.

Entonces sabes lo que sucederá? Sucederá que un algun dia el señor de Sternay te abandonará á tí y á tu hijo; y hasta cierto punto, hacia bien.

CLARA.

No le conoces.

ARÍSTIDES.

Todas las mujeres sois lo mismo; cada una se cree una escepcion y piensa que no le sucederá jamás lo que sucede á otras. Pregunta á los rios y á los carboneros cómo concluyen las que hablan como tú, sin contar las que han preferido vivir como Dios sabe.

CLARA.

Aquellas no tenian como yo un niño á quien amar. Tengo un hijo; suceda lo que quiera, viviré honradamente para él y para mí.

ARÍSTIDES.

Lo que te he dicho es en tu interés.

CLARA.

Te doy las gracias; pero me parece que lo mejor que puedo hacer es fiarme en la delicadeza y el amor de Cárlos; porque, digas lo que quieras, me ama. Siempre que le sucede algo, ó que su madre, que es muy severa, se enfada, viene á contármelo: qué prueba mas grande de cariño? No, yo le conozco, es un hombre débil de carácter, pero honrado. Sin contar con que le amo, hé aquí mi disculpa del pasado y mi esperanza en el porvenir. De todas maneras, si no tuviera confianza en él, no le creeria. ¿Qué ganaria con ser exigente, é irritando á su madre contra mí? Nada: tengamos paciencia, es lo mejor que puedo hacer. Mas vale estar resignada y que no tenga nada que reprocharme. Además, que no tengo mas derechos que los que él me dá; dejemos correr el tiempo: Cárlos verá que se le quiere, y no podrá pasarse sin nuestro cariño: mientras tanto, juzga si sé vivir. Leo mucho, aprendo, me instruyo; poniéndome al nivel de la posicion que sueño para el porvenir, no quiero que se avergüence de su mujer: han descuidad- mi educacion, voy pues á rehacerla para mas tarde enseñar á mi hijo. No puedes figurarte la satisfaccion que encuentro en el desarrollo de mi inteligencia. Cada vez que Cárlos me ve de nuevo, encuentra siempre cambios, mí conversacion se hace mas interesante, y conozco que esto alhaga su amor propio. ¿Qué puedo de-

cirte mas? Trabajo y cuido á mi hijo; nadie me conoce; no hago daño á nadie, y vivo con mi tia, quien cuida de nosotros mejor que una persona estraña. Mi hijo crece y se ha salvado de esta enfermedad; es inteligente, me ama; espero. No me hagas desconfiada; déjame, creeré en el bien y en la bondad de Dios.

ARÍSTIDES.

No hablemos mas; no hablemos mas; escríbeme de cuando en cuando; dame noticias tuyas, y sabes que, lejos ó cerca, soy siempre el mismo, hoy como mas tarde.

CLARA.

Te marchas pronto?

ARÍSTIDES.

Esta tarde; Victoria me espera. Me dijo: contaré los minutos: escríbeme.

CLARA.

Y si tu mujer está celosa?

ARÍSTIDES.

Sabe que te conozco y que he venido á verte. No le oculto nada; teneis razon, me dijo, haced lo que podais por esa pobre muchacha.

CLARA.

Entonces, si tengo necesidad de tí?...

ARÍSTIDES.

Maestre Fressard, sucesor de Chaveau, escribano en Chateauroux (Indre). Ahora, donde está el chicuelo?

CLARA, *abriendo con precaucion la puerta de la derecha.*

En mi cuarto.

ARÍSTIDES, *mirando al cuarto.*

Es ese caballerito que está durmiendo con un muñeco entre sus brazos?

CLARA.

Sí.

ARÍSTIDES.

Está magnífico. Efectivamente, cómo no se podria amar á esas criaturitas? Cómo duerme! no hay que despertarle. Se conoce que ha estado enfermo; pero no será nada. (*Cierra con cuidado la puerta ; en este intérvalo aparece Cárlos.*)

ESCENA DÉCIMA.

LOS MISMOS Y CARLOS.

CARLOS.

Clara!

CLARA *da un grito.*

Al fin!...

CARLOS.

Ten cuidado, no estás sola.

CLARA, *en voz baja.*

Es Arístides Fressard, un amigo mio, un camarada de infancia, del cual me has oido hablar algunas veces : es el padrino de Jacobo.

CARLOS, *saludando.*

Caballero !

ARÍSTIDES *saluda.*

Caballero ! Adios, Clara.

CLARA.

Adios, amigo mio.

(*Arístides se va.*)

ESCENA UNDÉCIMA.

CARLOS, CLARA.

CLARA.

Y bien, pícaro, seis semanas sin venir á verme.

CARLOS.

He tenido que hacer un viaje, á pesar mio; te he escrito ayer mismo, debes haber recibido una carta mia.

CLARA.

No me quejo; solamente que ha faltado poco para que el niño muriese; si esto hubiera sucedido sin que lo hubieses vuelto á ver!... Felizmente que ya no hay peligro; pero he pasado un miedo... Ven á abrazarle despues que yo te abrace otra vez (*le abraza*). Ahora ven.

CARLOS.

Despues: no decia el señor Fressard que dormia? Además tengo que hablarte.

CLARA.

Veamos, qué tienes que decirme? Si no hubiera recibido tu carta de ayer, estaba decidida á partir hoy mismo.

CARLOS.

Y á donde...

CLARA.

Al castillo de tu madre.

CARLOS.

Quién te ha dicho que estaba yo allí?

CLARA.

Lo pensaba, porque en esta época es cuando vas todos los años. Tranquilizate: nadie me hubiera visto; te habria avisado donde estaba para abrazarte, y me hubiera vuelto. Pero tienes algo que decirme, qué es?

CARLOS.

Me prometes ser juiciosa?

CLARA.

De qué se trata?

CARLOS.

Acabamos de perder una parte, la mayor parte de nuestra fortuna, y me veo obligado á dejar la Francia.

CLARA.

Y á dónde vas?

CARLOS.

A América.

CLARA.

Solo?

CARLOS.

Solo.

CLARA.

No tengo nada que me ligue á la Francia, partiré contigo.

CARLOS.

Desgraciadamente, no sé en qué parte de América me fijaré. Tengo que viajar mucho, para recoger los últimos restos de nuestra fortuna, como lo he hecho desde hace seis semanas en Francia y en Inglaterra, porque no he pasado el mes último en el castillo de mi madre como te habias figurado.

CLARA.

Tú me lo habias dicho cuando te marchaste.

CARLOS.

Por no asustarte. En aquel momento no estaba seguro del desastre que despues se ha confirmado. Si en lugar de estar medio arruinados, lo estuviéramos completamente, como puede suceder, me seria necesario trabajar.

CLARA.

Un motivo mas para que te acompañe, trabajaré tambien. Cuanto mas desgraciado seas, mas necesidad tendrás de que esté á tu lado quien te ame, te consuele, y te dé valor. Dónde encontrarás un corazon que sepa amarte como el mio? Bendigo esta desgracia,puesto que esto nos unirá aun mas.

CARLOS.

No puedo aceptar ese sacrificio; qué seria de tu hijo lejos de tí?

CLARA.

Le llevarémos.

CARLOS.

Un niño de tres años, que acaba de estar enfermo, y á quien este viaje podria matar! No; es necesario ser prudente. Hay acontecimientos que se aceptan con las consecuencias. No quiero rehusar á mis padres lo que me piden.Es una separacion de diez y ocho meses ó dos años todo lo mas.

CLARA.

Y llamas á eso poco. Dios mio! Dios mio! yo que estaba tan contenta esta mañana. (*Llora.*)

CARLOS.

Vamos Clara, no llores.

CLARA.

Eso lo dices tú, que no me amas; porque no me amas Arístides tenia razon.

CARLOS.

Pues qué, hablábais de mí con el señor Fressard?

CLARA.

Por ventura, no lo sabe todo?

CARLOS.

Os he rogado que hableis de mí lo menos posible. Deseo que mi familia...

CLARA.

Tu familia! Siempre me dices lo mismo. Tu hijo no es tambien de tu familia? Y si se supiera que tienes un hijo y que le amas, qué tendrian que decir? Se puede ser mas resignada que yo? Y sin embargo, desde hace algun tiempo, siempre tienes algo que decirme que sea desagradable. Cómo! Hace seis semanas que estás ausente, sin tener noticias tuyas; con el niño enfermo, yo inquieta, y vuelves para decirme que partes, que te volveré á ver dentro de dos años, y en lugar de consolarme, me vituperas y entristeces aun mas nuestra última entrevista! Es culpa mia si no pienso mas que en tí? Y aun no te veo sino muy rara vez. Poca cosa es, que si me encuentro por casualidad con el solo amigo que tengo, le hable de tí, y que cuando me dice que no me amas, yo le responda que me amas.

CARLOS.

He hecho mal! bajo la apariencia de mal humor he querido ocultar la pena que me causa esta separacion. No pienses en lo que te he dicho. Perdóname, ya sabes que te amo.

CLARA.

De veras?

CARLOS.

De veras.

CLARA.

Ya ves que con una palabra como esa me tranquilizas; con esa palabra me harias hacer lo que quisieras... pero pensarás en nosotros?

CARLOS.

Lo dudas?

CLARA.

No te estarás meses enteros sin escribir; en cuanto á mí, dia por dia te daré cuenta de mi vida; quieres?

CARLOS.

Sí.

CLARA.

El niño crecerá. Me permites que le hable de tí, y que le acostumbre á amarte? pues no te conoce; te llama su amigo sin saber que eres su padre. Pobre niño! Dos años sin verte! Y si no volvieras?

CARLOS.

Lo mismo me dijiste cuando partí hace seis semanas. Ya ves como he vuelto.

CLARA.

Pero no habia que esperar mas que seis semanas. Dos años, calcula lo que es!

CARLOS.

Valor!

CLARA.

Le tendré. Solamente prométeme que si tus negocios van bien y te fijas en ese pais, nos mandarás á llamar. De todas maneras iremos á buscarte cuando vuelvas, si no nos hemos reunido antes.

CARLOS.

Eso es.

CLARA.

Y entonces no nos volverémos á separar, suceda lo que suceda.

CARLOS.

Te lo prometo.

CLARA.

Cuándo partes?

CARLOS.

Mañana.

CLARA.

Y hoy, puesto que es el último dia, le pasarémos juntos?

CARLOS.

Imposible. He llegado hace una hora, y tengo que hacer interminables preparativos.

CLARA.

Pero puedes volver á comer conmigo!

CARLOS.

Mi agente de negocios me espera.

CLARA.

Yo que me habia figurado una fiesta con nuestra comida En fin, adios! yo soy la primera que te digo esta fata palabra de separacion.

Soy obediente? vamos, abrázame. (*Deja caer su cabeza sobre el hombro de Carlos*) Ah! los buenos dias que hemos pasado juntos, dónde se han ido? Cuándo volverán? porque, no es verdad que no has sido desgraciado conmigo? Cuídate, no te espongas; acuérdate de que hay dos séres que no viven sino por tí. Cuando vuelvas nos irémos á la casa de campo donde hemos pasado dos meses juntos, sin separarnos. No será la tia Honoré la que nos recibirá. Pobre muger! ha muerto! Lloras! siempre has sido bueno. Llora, Cárlos mio, llora, no te hagas el valiente delante de mí; es tan bueno llorar en algunos momentos! sabes lo que harias si me quisieras? me dejarias acompañarte hasta el Havre; me pondria un velo muy espeso y nadie me conoceria. No quieres?

CARLOS.

Siempre seria necesario separarse. Vamos, querida mia, hablemos de cosas sérias. No quiero que te que-

des en Paris; aqui no tienes nada que hacer. El aire del campo será mas provechoso para tí y para el niño. Durante mi ausencia es necesario ir á vivir al campo.

CLARA.

Pero, amigo mio, yo no puedo trabajar en el campo.

CARLOS.

Por eso no quiero que trabajes mas, no siendo para los cuidados del interior. He hecho dos partes de lo que me queda, una para tí, y otra para mí; te doy la menor; ya ves que no gasto cumplimientos.

CLARA.

No comprendo.

CARLOS.

Toma estos papeles.

CLARA.

Qué son estos papeles?

CARLOS.

Ya los leerás cuando me haya ausentado.

CLARA.

No; quiero leerlos inmediatamente. Un título al portador! Una renta de dos mil francos! Dinero! Cárlos, (*Llorando*) tú me abandonas, amas á otra.

CARLOS.

Estás loca. He traido esta cantidad porque ya es tiempo de que me ocupe en el porvenir de mi hijo; del pasado te has ocupado tú con la mayor nobleza. Puedo arruinarme, puedo morir, tú misma puedes morir, es necesario preveerlo todo; tu hijo quedaria abandonado á la caridad pública? No; acepta esta renta; no es la limosna de un amante que se retira; es el depósito de un buen padre. Ahora, cerca de esa quinta de la cual me hablabas, y donde hemos pasado dos meses, habia una casita con un gran jardin, donde tu ambicionabas pasar tu vida, la

he comprado, es tuya. Allí vivirás durante mi ausencia; (*Clara hace un movimiento.*) allí recibirás mis cartas, y allí vendré á buscarte para vivir juntos. Una vez que mi fortuna se restablezca y la de mi familia, habré cumplido con mi deber hácia ella, y entonces...

CLARA.

Cárlos mio!

CARLOS.

Ya ves que he pensado en tí, y que te amo siempre. Prométeme que serás juiciosa, que no llorarás, y que mañana mismo irás á vivir en esa casa; lo deseo, lo mando.

CLARA.

Haré lo que quieras.

CARLOS.

Los títulos de propiedad están con los demás papeles que te he entregado. Todo está convenido, ¿no es verdad?

CLARA.

Sí; pero si el dinero que llevas no fuera suficiente, si te faltase, prométeme que te dirigirás á mí; será una prueba de tu amor; porque este dinero, esta casa, todo es tuyo, y me parece que en un momento de apuro, este dinero influiria en tu felicidad. Tú sabes que mi vida es tuya, no lo olvidarás?

CARLOS.

No, querida mia.

CLARA.

Te fastidio, tienes prisa, te esperan? Vamos, no hay mas que tener valor; vén, abraza á tu hijo, y adios. (*Cárlos hace un movimiento.*) No puedes partir sin abrazarle. (*Cárlos va precipitadamente hácia la puerta de la derecha, la abre y desaparece un momento.*)

CLARA, *sola.*

Me vuelvo loca.

CARLOS *vuelve, está conmovido, abraza á Clara.*

Adios!

CLARA.

Adios! (*Se aleja, Clara le llama.*) Otra vez, escríbeme tu llegada al Havre. Cárlos, amigo mio; en fin, parte.

CARLOS *la abraza por última vez y se va diciendo:*

Hasta luego.

(*Clara cae sobre una silla y llora silenciosamente, con la vista fija en la puerta por donde salió Cárlos. Gervasia entra con los preparativos para poner la mesa.*)

ESCENA DUODÉCIMA.

CLARA, GERVASIA.

GERVASIA.

Tengo muy buenas cosas para comer; ya verás.

CLARA.

Gracias, mi buena tia, no pienso comer.

GERVASIA.

Qué tienes

CLARA.

Cárlos parte por dos años. Va á América; no le volveré á ver.

ESCENA DÉCIMATERCIA.

LOS MISMOS Y LUCIANO.

LUCIANO, *saliendo.*

Me habeis permitido que os diera las buenas noches señora: llorais?

CLARA.

Sí, un gran pesar que no esperaba.

LUCIANO.

Ya me parecia, por eso he venido al momento que he visto salir al señor Sternay.

CLARA.

Sabeis porque lloro y conoceis al señor Sternay?

LUCIANO.

He encontrado al señor de Sternay varias veces en sociedad; sabia las relaciones que mediaban entre vos y él, y como nunca me habeis hablado, no os he dicho tampoco nada. Varias veces le he visto venir aquí, y como no recibís á nadie mas que á él, no era difícil adivinar el resto: además que era un secreto de toda la casa. Lo que hoy sucede debia suceder tarde ó temprano; y sobre todo, cuando yo he venido á veros hace algunos dias, me esperaba de un momento á otro lo que hoy sucede.

CARLOS.

Entonces sabeis lo que ha venido á decirme el señor de Sternay?

LUCIANO.

Ha venido á deciros que parte para casarse.

CLARA.

Para casarse?

LUCIANO, *á parte.*

No lo sabia.

CLARA.

Y yo que no habia adivinado nada! (*á Gervasia*) dadme mi sombrero y mi manton; sin saberlo me habeis hecho mucho mal, don Luciano; pero os doy gracias; (*se pone el manton y el sombrero*) vuelvo al momento; tened cuidado del niño. (*Toma los papeles que Cárlos la ha dado.*) Si me ha mentido, es un infame. (*Se va.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO

—

Casa de la señora Sternay.—Salon elegante.—Puerta al fondo dando á un jardin.—Piano.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA, JACOBO.

JACOBO, *dirigiéndose á Herminia que toca el piano.*

Qué haceis pues, señorita?

HERMINIA.

No lo veis, señor, toco el piano para ocuparme en algo, puesto que estoy sola.

JACOBO.

Dónde se halla vuestra señora tia?

HERMINIA.

Hace un momento que estaba aquí, mas una carta que ha recibido, á la cual es preciso que conteste sin demora, la ha obligado á ausentarse.

JACOBO.

Una mala noticia?

HERMINIA.

Espero que no sea así; sin embargo, la carta parece haberla afectado un poco.

JACOBO.

Dios no permita que sea portadora de noticias desgraciadas, porque amo á vuestra tia con efusion.

HERMINIA.

Debo de estar celosa?

JACOBO.

Si os parece....

HERMINIA, *sin responder, se pone á tocar*: «*Devolvedme mi barquichuelo*»... *Jacobo continúa la cancion.*

Conoceis esta música?

JACOBO.

Es muy conocida.

HERMINIA.

No es encantadora?

JACOBO.

Ciertamente.

HERMINIA.

Mi madre la solia cantar y: *Del Tajo la corriente.*

JACOBO.

Es una cancion que me recuerda mi infancia.

HERMINIA.

Es cierto; hay cantos que son como la escala de nuestros recuerdos, y con cuya ayuda volvemos á descender á nuestro mas lejano pasado. Pero escuchad un estribillo que no puedo recordar jamás sin viva emocion: *Mi buena tia Margarita, no comprendeis el amor.*

Cuando este estribillo viene á mi memoria, ó cuando por casualidad le oigo, forma en el momento un cuadro delante de mis ojos.

Esta era la cancion favorita de mi abuela, no la marquesa, no la que va á llegar hoy, pues que la marquesa nunca ha cantado! No de mi abuela materna que murió há diez años, y á quien me parece aun ver en la estacion del frio al lado del fuego, con sus venerables cabellos blancos, de los que hacia graciosamente dos bandós que salian entre su papalina con cintas.

Todo era alegre en ella, yo me sentaba á sus piés sobre un cogin, ponia mi cabeza en sus rodillas, y me en-

tregaba al sueño arrullada por esta melodía, entonada á media voz. Durante algun tiempo, la conversacion de mis padres y de los amigos que se reunian en nuestro hogar resonaba en mis oidos; mi madre me tomaba en sus brazos y me colocaba en mi lecho, la abrazaba entre sueños, murmurando mis rezos y quedaba dormida.

Hacia lo mismo la vuestra?

JACOBO.

Sí... Solamente que en lo poco que me acuerdo, mi madre estaba siempre sola, trabajaba cerca de mí cama, arrullándome con una cancion dulce y melancólica, porque casi siempre estaba triste, y de ese modo pasaba, como vos, entre dos besos de la vigilia al sueño.

HERMINIA.

Es por cierto circunstancia notable que hombres y mujeres, sin conocernos, tengamos todos los mismos recuerdos de la infancia!

JACOBO.

Sin duda esto proviene de que la infancia ha sido igual para todos los que han amado á su madre y han sido correspondidos.

HERMINIA.

Decidme, sentís no estar ya en esa edad?

JACOBO.

No. Amo mas la edad en que estoy, en la cual siento, veo, comprendo, y en que mi pesar tiene una causa y mi alegría una razon. El niño no goza de esa indolencia de la primera edad; mas tarde la conoce cuando la compara á las agitaciones ordinarias de la vida. Luego que llega á toda la plenitud de su fuerza, á la madurez de su razon, entonces se da una cuenta exacta de las grandes sensaciones de su espíritu y de su corazon: porqué habria de sentir un tiempo de ignorancia, de debilidad, en que ni por la alegria ni por el dolor habia sido impresionado? Era muy niño cuando perdí á mi padre, ni aun me acuerdo cuándo. Solo sé lo que por mi madre

ha sido contado. Porqué á la edad en que vuestra presencia me causa una ventura inefable, sentiria no estar en aquella otra en que no me apercibia de la muerte de mi padre? No. Creedme, el hombre no comienza á vivir hasta que empieza á comprender.

HERMINIA.

Y sin embargo yo, que he perdido los autores de mis dias á la edad en que ya podria comprender la inmensa pérdida que esperimentaba, cómo es que, á pesar de esto, he vivido, y he concluido, si no por olvidar esta doble pérdida, al menos por familiarizarme con ese recuerdo. No es una ingratitud?

JACOBO.

Habeis seguido la ley de la naturaleza que prohibe un eterno dolor, porque es para la muger y el hombre una sucesion de deberes que cumplir, los cuales nos hacen mirar siempre adelante, y acostumbrarnos á vivir ausentes de nuestras mas caras afecciones. El mundo habria concluido muy pronto, si el primer hijo no hubiera podido sobrevivir á la muerte de la primera madre.

HERMINIA.

Sabeis que la vida es insoportable teniendo la certidumbre de que no hay nada verdadero ni nadie que os sirva de apoyo.

JACOBO.

Por qué no aprovecharse del dia, cuando se sabe que la noche llegará? Porqué dudar de la primavera porque se prevee el invierno? Porqué negar la vida en provecho de la muerte? Vos teneis diez y ocho años y yo tengo veinte y tres; yo os amo, y vos me amais un poco, el mundo es nuestro. Despues los años vendrán á traer el desencanto de ciertas cosas, como la revelacion de otras; dejemos correr los años.

Envejecerémos, arrullarémos á nuestros hijos con canciones que recordarán un dia, como recordamos ahora las de nuestros padres, y llenos de juventud, de fuerza y de amor, hoy, otro dia vendrá en que no seremos

buenos mas que para desempeñar el papel de abuelos, queridos por los dulces que encuentran en sus bolsillos, hasta que no quede mas de nosotros que dos retratos inmóviles, pendientes de las paredes del salon de nuestros hijos, quienes sucesivamente serán lo que nosotros somos ahora.

Tal es la vida en su espresion mas simple y lógica; esto parece tríste, cuando se unen por el pensamiento lafrias costumbres de la edad futura y el ardiente entuo siasmo de la edad presente; mas luego que el tiemps nos conduzca por los grados de los cuales él sabe los secretos, apoyados uno en el otro hácia el horizonte, descansarêmos con el mayor gusto, y si nos ofrecieran volver á empezar la carrera estoy seguro de que rehusariamos.

HERMINIA.

No importa; gusto mas hablar del presente y del pasado que de ese frio porvenir.

JACOBO.

Hablemos de lo que quisiéreis.

HERMINIA.

Decidme: recordais el dia en que nos encontrámos por primera vez?

JACOBO.

El 6 de mayo; llevábais un vestido blanco con pequeñas flores azules, un gran sombrero de paja cubria vuestra cabeza, un chal de muselina estaba caido sobre vuestro talle, con vuestra mano derecha que llevaba un ramillete de flores silvestres levantábais vuestro vestido para no mojarle, porque habia rocío en la yerba, de manera que pude ver que teniais los piés mas lindos del mundo. Fué de este modo?

HERMINIA.

Exactamente, continuad.

JACOBO.

Ibais á tomar leche á la granja vecina, yo pasaba y

os seguí; no osé sin embargo penetrar en la granja en que entrásteis con vuestra tia.

HERMINIA.

Pero me esperásteis á la puerta.

JACOBO.

Sabíais que me hallaba allí.

HERMINIA.

Muchas cosas se ven sin volver la cabeza.

JACOBO.

Cuando dejásteis la granja, yo estaba oculto detrás de un matorral en una revuelta de la colina. Os era preciso bajar por un sendero muy estrecho cuyas piedras se desmoronaban bajo vuestros piés. Vos teníais miedo; y entonces fué cuando me apercibísteis de nuevo, y pretendiendo hacer ver el valor, como lo hace en casos tales toda jóven en presencia del hombre que le es mas indiferente, con peligro de caeros, os adelantásteis en el sendero; en esta precipitada carrrera perdísteis el ramillete de acianos, de perpétuas y de margaritas que teniais en la mano; me precipité á cojerle y os le dí, reservando para mí una de las flores. Me disteis las gracias, me alejé volviendo la cabeza varias veces; en la mañana siguiente volví al mismo camino. Os amaba.

HERMINIA.

Y pensar que podia muy bien no haber pasado nada de eso. Con que hubiera tomado á la izquierda en lugar de la derecha; entonces no me habria casado nunca, porque mi resolucion era de no unirme sino al hombre á quien amase.

JACOBO.

Hubiérais amado á otro.

HERMINIA.

Me parece que no... y vos qué hubierais hecho?

JACOBO.

Yo... hubiera acabado mi viage, y hubiera vuelto cerca de mi madre y estaria quizás próximo á ser una celebridad.

HERMINIA.

Tanto como eso?

JACOBO.

Sí... antes de conoceros, yo no sé qué locas ideas de gloria y de ambicion se habian apoderado de mí; esta necesidad de amor que habia en mi naturaleza y que he concentrado sobre vos sola, no habiendo aun hallado su objeto, desenvolvia en mí la energía mas inconcebible para todas las grandes empresas; me creia, en fin, con la fuerza que no juzgaba en ningun otro; y tenia prisa de probar que era un hombre. Soy un erudito, tal como me veis; he escrito obras graves, he estudiado la política, la historia, la economía, he hecho versos; es inconcebible. Los leerémos juntos y los quemarémos despues.

No estaba menos convencido de que no faltaba en mí mas que una ocasion á propósito, para aparecerme en el mundo como un Newton, un Chenier, un Mirabeau, noble y respetable orgullo de la juventud.

Mas una mañana de primavera, en que un sol encantador destacaba sus puros rayos desde un puro y azulado cielo, una jóven se encontró en la misma senda que yo, y ved pues que todos mis sueños de gloria se fueron á encontrar las nubes y los perfumes del campo! Me apercibí de que no era mas que un niño, y que la gloria no es mas que el incompleto consuelo de los que no sienten amor, y ahora toda mi ciencia consiste en saber que me amais, todo mi génio en probaros que os amo.

HERMINIA.

Y qué dirá vuestra madre de esta mutacion?

JACOBO.

Mi madre, la aprobará, porque siempre me ha hecho

el elogio de la vida retirada, de la ventura incógnita del hogar doméstico.

HERMINIA.

Sin conocerla tengo la certidumbre de amarla.

JACOBO.

Haréis bien, porque seréis correspondida.

HERMINIA.

Qué edad tiene?

JACOBO.

Es aun jóven... mas que mi madre, parece mi hermana.

HERMINIA.

No debe venir á encontraros?

JACOBO.

La espero de un dia á otro; quise ir á buscarla, pero me ha escrito que preferia venir á reunírseme: mas decidme: y la marquesa?

HERMINIA.

Mi abuela, la que debe llegar hoy?

JACOBO, *sonriendo.*

Me causa un poco de miedo. Tengo miedo, porque dicen que es muy avara.

HERMINIA.

El caso es que siempre está de mal humor; es una mujer que se cree la única persona á quien puede ocurrírsela una buena idea, y que piensa que el mundo es suyo, y que sin conoceros está dispuesta contra vos, y sin saber porqué, solamente por costumbre.

JACOBO.

Eso es repugnante, horrible.

HERMINIA.

No..... se trata solamente de ser mas obstinado que ella.

JACOBO.

Y vos sois obstinada?

HERMINIA.

Oh! mucho, cuando me creo con el derecho de mi parte. Estad prevenido, no os preocupen los ademanes que usará para con vos, pues son los que usa para con todo el mundo.

JACOBO.

Y decidme: porqué vuestro tio, que es vuestro tutor, no viene al mismo tiempo que la marquesa

HERMINIA.

Porque está recorriendo los distritos.

JACOBO.

Pues qué, quiere ser diputado?

HERMINIA.

Aun no, mas lo será despues; mientras tanto, tiene sus candidatos: prefiere esto á ocuparse de mí; por otra parte, no está muy bien con su madre. Toda la familia la teme, menos el marqués y yo.

JACOBO.

Qué hombre tan escelente es el marqués!

HERMINIA.

Y os quiere..... he hecho perfectamente en escribirle para que venga! Es nuestro mas seguro apoyo para con mi tia, que me ama bien, pero que no tiene ningun derecho sobre mí, y que no se atreve á decir á mi abuela lo que el marqués la encarga.

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS, ENRIQUETA.

ENRIQUETA, *entrándo.*

Buenos dias, señor de Boisceny.

JACOBO.

Buenos dias, señora.

ENRIQUETA, *á Herminia.*

La marquesa ha llegado, y te llama.

HERMINIA.

Voy al instante, es preciso no hacerla esperar.

ENRIQUETA.

Está en el pabellon. (*Herminia sale.*)

JACOBO.

Es cierto, señora, que habeis recibido una mala nueva?

ENRIQUETA.

Segun se considere.

JACOBO.

Me dijisteis, hace pocos dias, que yo quizá pudiera haceros un servicio : ha llegado el momento?

ENRIQUETA.

Tal vez ; el acaso os ha puesto repentinamente en la confidencia de mi secreto.

JACOBO.

Le he olvidado.

ENRIQUETA.

Sé que se puede contar con vuestra discrecion y con vuestra lealtad; así es que os he tendido la mano al momento, como á un antiguo amigo, bien que no puedo comprender ni esplicar cómo esta amistad ha comenzado; mas, sed franco, el dia en que nos encontrásteis, á Herminia y á mí, cerca de la granja, sabiais quienes éramos?

JACOBO.

No, señora.

ENRIQUETA.

Entonces ignorabais que la persona con quien viajabais nos conocia? porque jamás se ha visto con Herminia, que ni aun sabe su nombre, y que cree que la casualidad os ha traido aquí.

JACOBO.

Escuchad, pues, toda la historia, señora: el señor de Nervaux, que tiene algunos años mas que yo, es vecino de mi madre en el campo, y el que, como os he dicho, tiene una propiedad cerca de Châteauroux; nosotros veiamos con frecuencia á nuestro vecino; éste se preparaba para emprender un viaje á Normandía, donde, segun él dice, tiene cortijos: me preguntó si queria acompañarle, y mi madre, porque me distrajera, me animó; pues hacia dos meses que trabajaba mucho. Partimos: un dia que se quedó él para varios negocios en el Havre, me vine á pasear al camino de Ingouville; os encontré á vos y á la señorita Herminia. Por la noche conté á Nervaux mi encuentro y la impresion que me habia hecho. Me informé de vuestro nombre, y cuando se lo dije, me ofreció presentarme á vos, pero con la condicion de que nolo diria á nadie. A la mañana siguiente me llevó á una casita que posee á una legua de aquí, y de la cual nunca me habia hablado. Nos encontrámos en el camino (por casualidad), y me presentó. Desde entonces me habeis acogido como si hiciera largo tiempo que me hubierais conocido, os declaré que amaba á Herminia, me habeis

autorizado á decírselo delante de vos, y hoy por la primera vez se lo he dicho á ella sola, hace un momento, cuando no estábais aquí. Es todo lo que sé, y lo que puedo aseguraros es que estoy dispuesto á hacer lo que gusteis.

ENRIQUETA.

Os creo; de ese modo sentiré menos varios acontecimientos desagradables, si éstos pueden influir en vuestro matrimonio con Herminia. El señor de Nervaux me ha hablado de vos como creo que todos hablarian. Además, sois uno de esos hombres que inspiran una confianza sin límites á primera vista, y acepto la oferta que me haceis.

Sois jóven, amais y debeis comprenderme. Pues bien, conoceis lo que son ciertas situaciones nacidas de la indiferencia del marido, y de la ociosidad de la mujer. Esos sueños que pueden servir tal vez de disculpa, los peligros y la hipocresía, que son la amargura y el fastidio. Os encontrais en medio de una de esas situaciones; con una particularidad, y es, que cuando habeis sido iniciado, el hombre y la mujer se habian vuelto á ver despues de una ausencia de algunos meses, y habia llegado el caso por una y otra parte en que se desea una ocasion, un pretesto, la mujer para entrar en la tranquilidad de su vida pasada, el hombre para entrar á llenar los deberes que la sociedad impone. La delicadeza sola impedia aun una doble confianza, temiendo cada uno de ellos causarse un pesar mútuo. Un acontecimiento insignificante, una carta que se ha encontrado, ha roto este último lazo; la palabra rompimiento ha sido pronunciada, y ambos han visto que hace largo tiempo estaban dispuestos á concluir. En una palabra, necesitan una última entrevista, de esas entrevistas en las cuales se restituyen las cartas medio borradas, y que no debian haberse escrito nunca, y los retratos sin parecido que era inútil haberse dado. No sois de mi opinion, que en este caso es mucho mejor que un amigo se encargue de estas formalidades? quereis ser este amigo?

JACOBO.

Qué es necesario hacer?

ENRIQUETA.

Se necesita ir á esa casita de que hablábais, ver al señor Nervaux, que espera, y decirle lo que yo os he dicho, entregarle este paquetito, y traer el que os entregue.

JACOBO.

Dentro de media hora estaré de vuelta.

ENRIQUETA, *tendiéndole la mano.*

Gracias.

ESCENA TERCERA.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS.

EL MARQUÉS, *entrando.*

Vais á salir, señor de Boisceny?

JACOBO.

Sí, señor marqués, por un momento.

EL MARQUÉS.

Andad, andad, mi hermana ha llegado; no os detengo; mas vale que nosotros, que estamos acostumbrados á su génio, recibamos los primeros tiros. Tranquilizaos, vamos á ocuparnos de vuestros negocios (*Jacobo se va*). Qué buen muchacho!... Me gusta mucho. Cómo le habeis conocido? Mirad á mi hermana que se adelanta hácia aquí: dirian que era Luis XIV en sus jardines de Versalles; vaya un aire sério! parece que se presenta las armas á ella misma. Cómo se debe de divertir Herminia! Sternay es un pícaro, nunca viene cuando la madre está aquí.

ENRIQUETA.

Jamás.

EL MARQUÉS.

A ese no le gustan las dificultades ni las contestaciones. Egoista! si es feliz, tiene razon.

ENRIQUETA.

La marquesa le ha dicho que no quiere verle.

EL MARQUÉS.

Desde que se asoció con la casa Renaud ?

ENRIQUETA.

Sí.

EL MARQUÉS.

Es magnífico !

ENRIQUETA.

Voy á salir á su encuentro.

EL MARQUÉS.

Quedaos ; héla aquí.

(*La marquesa entra con Herminia*).

ESCENA CUARTA.

LA MARQUESA, EL MARQUÉS, ENRIQUETA, HERMINIA.

LA MARQUESA.

Ah! estais aquí, hermano mio ! temia que no estuvieseis en casa, no habiéndoos visto al llegar. Está el tiempo muy húmedo ; habreis temido mojaros los piés.

EL MARQUÉS.

Justamente.

LA MARQUESA.

Yo tengo reumatismo, y sin embargo he salido : eso depende del carácter. Empiezo por daros noticias de mi salud aunque no me las preguntais ; pero supongo que me lo hubiérais preguntado (*A Herminia*) y cómo decís que se llama ese caballero ?

HERMINIA.

Qué caballero, abuelita ?

LA MARQUESA.

Ese caballero con quien todas se quieren casar aqui.

EL MARQUÉS (*Aparte*).

Mal empieza.

HERMINIA.

Soy la sola que se quiere casar, abuelita; podeis estar tranquila, es de toda mi voluntad.

LA MARQUESA (*vivamente*).

Y decís que se llama...

HERMINIA.

Qué decís, abuelita?

LA MARQUESA.

Digo: que cómo se llama?

HERMINIA.

El señor de Boisceny.

LA MARQUESA.

De Boisceny... conoceis eso, hermano?

EL MARQUÉS.

Sí le conozco... es un jóven... moreno... no muy alto.

LA MARQUESA.

No pregunto el color de sus cabellos, ni su estatura... pregunto si conoceis una familia que se nombre Boisceny?

EL MARQUÉS.

Yo no puedo conocer todas las familias de Francia.

LA MARQUESA.

Pues yo conozco muy bien á aquellas que valen la pena, y no las hay de ese nombre. Antiguamente hubo un Boisceny, el cual no tuvo mas que una hija que se casó con el señor Beautran, que era primer caballerizo de Car-

los X, y cuya madre era dama de honor de la Delfina... pero no es lo mismo.

EL MARQUÉS.

Es evidente.

LA MARQUESA.

Sin duda vendrá del Imperio, el padre habrá ganádo alguna batalla!

EL MARQUÉS.

Es eso y nada mas!

LA MARQUESA.

Y en qué estado está el negocio?

HERMINIA.

El señor de Boisceny me ama, y se quiere casar conmigo.

LA MARQUESA.

Y vos?

HERMINIA.

Yo tambien.

LA MARQUESA.

Muy bien; de manera que no hay nada que añadir sino mi consentimiento.

HERMINIA.

Sí.... abuelita.

LA MARQUESA.

Cómo habeis conocido al señor de Boisceny?

HERMINIA.

Le hemos encontrado.

LA MARQUESA.

Dónde, en sociedad?

HERMINIA.

No.

LA MARQUESA.

Entonces, dónde?

HERMINIA.

En el camino.

LA MARQUESA.

En qué camino?

HERMINIA.

Mirad, abuelita, ese sendero que se vé allá lejos; si os levantais un poco le veréis.

LA MARQUESA

Con quién estaba?

HERMINIA.

Solo.

LA MARQUESA.

Y quién os lo ha presentado?

HERMINIA.

Él mismo.

LA MARQUESA.

Y vuestra tia le ha recibido?

HERMINIA.

Con el mayor gusto.

LA MARQUESA.

Decidme, hermano mio?

EL MARQUÉS.

Qué, mi querida hermana?

LA MARQUESA.

Ois?

EL MARQUÉS.

Perfectamente.

LA MARQUESA.

Y qué decis?

EL MARQUÉS.

Ya lo veis, nada.

LA MARQUESA.

Os parece muy natural todo esto?

EL MARQUÈS.

Pues.... sí.... un sendero en el campo.... un caballero en este sendero, que se encuentra con otras personas, es cosa que está sucediendo todos los dias.

LA MARQUESA.

De modo que os parece muy bien prometer la m en de una jóven, á un hombre á quien se encuentraba casualidad en su camino; porque todo individuo que pasa por un camino, y á quien no se conoce, no es un caballero, es un hombre.

EL MARQUÉS.

En primer lugar, no se le ha prometido al señor de Boisceny la mano de Herminia, solamente se le ha permitido que cuando viniéseis como todos los años haceis, hablase con vos, hermana mia: en segundo lugar, me parece tan natural el prometer una jóven á un caballero á quien se encuentra en un camino, que se conoce que es un hombre de buena sociedad, y que agrada á la jóven, como á un caballero, á quien nunca se le ha visto, cosa que se usa todos los dias.

LA MARQUESA.

No sabeis lo que decís.

EL MARQUÉS.

Entonces, inútil es preguntarme lo que tengo que decir.

ENRIQUETA *á la marquesa.*

Si conociérais al señor de Boisceny....

LA MARQUESA.

Justamente es de lo que me quejo, de no conocerle.

ENRIQUETA.

Quiero decir, que si le hubiérais visto una sola vez, le juzgariais como nosotros. Es verdad que la casualidad nos le ha hecho conocer; pero al momento conocí una elevacion de ideas y un carácter muy apreciable. No veo nada estraordinario sino que contando con su corazon y su posicion, se trate de casar á una jóven. De cuando en cuando, no es malo que se haga un matrimonio de este género, aunque no sea sino para escusar á los otros.... Muchas veces la casualidad nos preporciona mejor que nosotros mismos lo que necesitamos.

EL MARQUÉS.

Es una verdad.

LA MARQUESA.

Y qué pensais de esto, Herminia?

HERMINIA.

Yo soy de la opinion de mi tio.

LA MARQUESA.

Quiere decir, que entonces chocheo, y mi hijo es tam bien de vuestra opinion?

ENRIQUETA.

He escrito á mi marido con respecto á eso, y me ha contestado que vuestra decision seria la suya.

LA MARQUESA.

Ha sido muy acertado. Y qué hace ahora mi señor hijo? Continúa en los negocios? En cuáles? En géneros coloniales?

EE MARQUÉS.

En la Industria; hace muy buenos negocios; constru-

ye ó hace construir (porque solo no podria) grandes buques, cosa muy cómoda para viajar sobre el agua.

LA MARQUESA.

Me es muy grato tener un hijo que construye buques.

EL MARQUÉS.

Su padre hacia casas.

LA MARQUESA.

Mi marido no hacia nada.

EL MARQUÉS.

Mi querida hermana, tratemos una vez por todas de esplicarnos: sois una señorita de la casa d'Orgebac, los dos descendemos de los d'Orgebac y nos vanagloriamos (por lomenos vos) de tener sangre real en las venas, porque el gran Enrique IV concedia sus favores á una de nuestras abuelas: en primer lugar, es cosa muy curiosa que la falta de una mujer, sea un título de nobleza para sus descendientes. El mundo está arreglado de esa manera, convengo; tal vez con un poco de buena voluntad tendriamos derechos á la corona de Francia, pero creo que es inútil reclamarlos.

LA MARQUESA.

Continuad, continuad, no importa.

EL MARQUÈS.

Decia, pues, que vos habiais pensado lo que debiais de vuestra nobleza, y que durante la revolucion, en aquella época de miseria y destierro, os casásteis con el señor de Sternay, constructor.

LA MARQUESA.

Arquitecto.

EL MARQUÉS.

Arquitecto, el cual ha sido el padre de vuestros dos hijos, uno de ellos el que construye buques, y el otro que murió siendo general, lo que es muy honroso: este

último era el padre de Herminia; y debo deciros que la firmeza de su carácter renace en su hija.

LA MARQUESA.

Buen regalo la ha hecho!

EL MARQUÈS.

Cuando se estableció el Imperio, firmábais y poniais en vuestras tarjetas, señora de Sternay de la familia d'Orgebac; murió vuestro marido, y entonces habeis puesto marquesa d'Orgebac sólo, y habeis concluido por creer que vuestros hijos son de la primera nobleza. Estais en un error, mi querida hermana, y mas aún, es una ridiculez que se os perdona porque sois vieja, y porque en Francia pasan todas las ridiculeces; pero ahora estamos en familia, se trata de la nobleza de un pretendiente á la mano de Herminia, en cuyo caso no debeis ser exigente, puesto que sois una particular y que vuestros hijos son tambien particulares, de lo cual no se avergüenzan.

Soy yo el noble; solo yo tengo el derecho de llevar el título y el nombre d'Orgebac, que si no hubiera hecho mi fortuna en la India, no me serviria de nada; de manera que como no tengo hijos, el nombre de Orgebac, hecho célebre por las locuras de nuestra abuela Cristina Angélica, condesa de Orgebac, se estinguiria el dia en que quiera morir, puesto que los nobles no mueren sino cuando quieren.

Creedme, hermana mia, probemos, no por el medio de exagerar nuestra nobleza, sino por las cualidades, nuestro nacimiento. No os enfadeis contra vuestro hijo, porque ha unido su nombre en una honrosa empresa; otras mil cosas hay que criticar, y no molestemos demasiado al señor de Boisceny sobre la antigüedad de su nombre. Lo que es necesario, es que sea honrado, que ame á Herminia y que ella le ame. El hombre hace el título, y no el título al hombre..... Dicho esto me siento, porque ni aun en la cámara de los pares, de la cual formo parte y vos no, he hablado tanto qué vergüenza!

ESCENA QUINTA.

LOS MISMOS Y UN CRIADO.

EL CRIADO *sale.*

Aquí hay un caballero que desea hablar á la señora marquesa.

LA MARQUESA.

Su nombre?

EL CRIADO.

Hé aquí su tarjeta.

LA MARQUESA.

Arístides Fressard, escribano de Chateauroux. Què quiere ese caballero?

EL CRIADO.

Dice que es el apoderado del señor de Boisceny.

LA MARQUESA.

Que entre. (*El criado se va.*) Ahora tendrémos probablemente pormenores.

ESCENA SESTA.

ARÍSTIDES, EL MARQUÉS, LA MARQUESA, ENRIQUETA Y HERMINIA.

ARÍSTIDES, *entrando.*

La señora marquesa d'Orgebac?

LA MARQUESA.

Soy yo caballero; de qué se trata?

ARÍSTIDES.

Señora, es á usted sola á quien tengo que comunicar lo que me han encargado.

ENRIQUETA.

Nos retirarémos, caballero.

EL MARQUÉS.

Un incidente! un misterio! mi hermana estará contenta.

ENRIQUETA *á Herminia, que mira á Arístides.*

Querida niña, no te asustes.

HERMINIA.

Jamás me asusto yo, tia mia, ya lo sabeis. (*Se van.*)

ESCENA SEPTIMA.

LA MARQUESA Y ARÍSTIDES.

LA MARQUESA.

Caballero, os escucho!

ARÍSTIDES.

La señora marquesa me hace el honor de hablar conmigo?

LA MARQUESA.

Sí, caballero.

ARÍSTIDES.

La señora marquesa está de mal humor.

LA MARQUESA.

Sí, porqué?

ARÍSTIDES.

Porque sin duda no son las costumbres del gran mundo hablar en el tono que la señora marquesa lo ha hecho con una persona á quien no tiene el honor de conocer, y que se ha presentado de una manera conveniente.

LA MARQUESA.

Dispensadme, caballero.

ARÍSTIDES.

Estais dispensada, señora; además mi profesion de escribano y mi cualidad de embajador casual, me prohiben una susceptibilidad exagerada; era solo una observacion.

LA MARQUESA.

Sentaos, caballero, os escucho.

ARISTIDES.

Seré lacónico, señora; es lo mejor que puedo hacer en la mision de que estoy encargado. El señor de Boisceny ama á vuestra nieta, y espera para pedir su mano la llegada de su madre, y de los papeles que justifiquen su fortuna y su posicion social. Las cosas estan en este estado?

LA MARQUESA.

Sí, caballero.

ARÍSTIDES.

En eso estriba la dificultad.

LA MARQUESA.

Pues qué, hay dificultades?

ARÍSTIDES.

Las habiais previsto, señora?

LA MARQUESA.

Por lo menos las sospechaba.

ARÍSTIDES.

Y parece que al verlas realizadas, os alegrais, señora.

LA MARQUESA.

Y deciais, caballero...?

ARÍSTIDES.

Decia que el señor de Boisceny no se llama Boisceny.

LA MARQUESA.

Ya sabia yo que no existia una familia de ese nombre! Sin duda es el nombre de una tierra?

ARÍSTIDES.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Entonces se apellida así?

ARÍSTIDES.

Además no es hijo de viuda, como su madre lo ha dicho: es hijo no reconocido de una costurera soltera, llamada Clara Vignot.

LA MARQUESA.

Es imposible!

ARÍSTIDES.

Es la pura verdad.

LA MARQUESA.

Sabeis que es muy divertido esto?

ARÍSTIDES.

Pensais así, señora? para que veais que era un error recibirme mal.

LA MARQUESA.

Mil gracias por darme todas esas noticias: de manera que conoceis particularmente al señor de Boisceny?

ARÍSTIDES.

Soy su notario, y su padrino.

LA MARQUESA.

No atreviéndose á venir él mismo, os ha encargado de hacerme esa confidencia en su nombre?

ARÍSTIDES.

No, Señora; Jacobo ignora el paso que doy en este momento, como ignora los pormenores que voy á deciros.

LA MARQUESA.

Pero es increible.

ARÍSTIDES.

Yo os lo aseguro, señora.

LA MARQUESA.

No digais...

ARÍSTIDES.

Palabra de honor.

LA MARQUESA.

Y su fortuna?

ARÍSTIDES.

La fortuna es verdadera.

LA MARQUESA.

Sólo por curiosidad os digo esto; por lo demás no me importa su orígen.

ARÍSTIDES.

Un orígen honroso.

LA MARQUESA.

No lo dudo, caballero: habeis concluido, caballero?

ARÍSTIDES.

Oh no, no he concluido.

LA MARQUESA.

Tanto mejor.

ARÍSTIDES.

Esto divierte á la señora marquesa?

LA MARQUESA.

Me interesa.

ARÍSTIDES.

Y sin embargo, falta lo mas interesante.

LA MARQUESA.

Tal vez de mas en mas?

ARÍSTIDES.

Como en casa de... permitidme que proceda con órden, como embajador tengo mi programa; quereis que le consulte? (*Saca un pàpel del bolsillo, y lo recorre.*) Soy muy metódico: soy notario. Empiezo por preguntaros si consentís, despues de lo que os he dicho, en el matrimonio de la señorita Herminia con el señor de Boisceny, ó mas bien, el señor Vignot, puesto que es su verdadero nombre.

LA MARQUESA.

No, caballero, no consiento.

ARÍSTIDES.

Señora marquesa, no os recuerda nada el nombre de Vignot?

LA MARQUESA.

Nada.

ARÍSTIDES.

Pues bien! vais á comprender cómo la casualidad dispone las cosas. El señor Vignot y la señorita Sternay son primos, pues él es vuestro nieto.

LA MARQUESA

Mi nieto? y primo de Herminia?

ARÍSTIDES.

Sí, señora; la señorita Herminia no es la hija de uno de vuestros hijos, que ha muerto en la guerra?

LA MARQUESA.

Sí.

ARÍSTIDES.

El señor de Boisceny es hijo del otro, del señor de Sternay y de Clara Vignot, á quien sedujo vuestro hijo y que estaba de costurera en vuestra casa.

LA MARQUESA.

Cómo! esa muchacha que hace veinte ó veintitres años estaba en mi casa, y que con motivo del matrimonio de mi hijo armó un escándalo bajo pretesto de que tenia un niño?

ARÍSTIDES.

El pretesto era bueno, confesadlo.

LA MARQUESA.

Detestable, caballero; este niño no era del señor de Sternay.

ARÍSTIDES.

No vayamos tan lejos, señora, es inútil; el señor de Boisceny pertenece á vuestra familia.

LA MARQUESA.

El parentesco entre nosotros no existe sino cuando hay alianza.

ARÍSTIDES.

Aun tengo que preguntaros, si sabiendo que Vignot es vuestro nieto, persistís en rehusarle la mano de la señorita Herminia?

LA MARQUESA.

Sí, y mientras que la ley la deje bajo mi tutela, exigiré del hombre que la quiera por esposa, lo que mi madre exigió de mi marido, lo que la familia de mi nuera exigió de mi hijo, una posicion social, un nombre legítimo, y un pasado intacto.

ARÍSTIDES.

Dispensadme si aun insisto; pero no se trata de mí; me es necesario emplear todos los medios de conciliacion antes...

LA MARQUESA.

Antes?

ARÍSTIDES.

Antes que emplee otros.

LA MARQUESA.

Cuáles otros, caballero?

ARÍSTIDES.

Eso no está en mí el decirlo; es negocio de otras personas.

LA MARQUESA.

Se tratará de un escándalo?

ARÍSTIDES.

No lo creo, señora: la madre de Vignot, si consentís en este enlace, promete vivir retirada, y no volverá á ver á su hijo. Seria capaz de matarse si creyera que de ese modo estábais mas segura de su palabra: consentís?

LA MARQUESA.

No.

ARÍSTIDES.

Señora, estaba convencido de vuestra respuesta: ahora he concluido con vos.

LA MARQUESA.

Sois un hombre de justicia, caballero: creeis que estoy en mi derecho?

ARÍSTIDES.

Seguramente, señora: y suceda lo que suceda, nada tendrémos que echarnos en cara.

LA MARQUESA.

Y que podrá suceder?

ARÍSTIDES.

Es probable que si el señor Vignot ama realmente á la señorita Herminia de Sternay, como creo; si la señorita de Sternay ama al señor Vignot, de lo cual estoy seguro, porque merece ser amado, sé bien que se casarán, porque la falta de un solo individuo no debe impedir la felicidad de una generacion entera.

LA MARQUESA.

Y se casarán contra mi voluntad?

ARÍSTIDES.

Contra vuestra voluntad.

LA MARQUESA.

Por qué medio?

ARÍSTIDES.

Por el medio que yo mismo les indicaré.

LA MARQUESA.

Y cuál es?...

ARÍSTIDES.

Muy sencillo. Hoy no puedo deciros nada mas, señora marquesa.

LA MARQUESA.

Confieso que me alegraré de conocerlo.

ARÍSTIDES.

La señora marquesa es aun bastante jóven para verlo.

LA MARQUESA.

Entre tanto, tendréis la bondad de evitarnos el disgusto de despedir al señor Vignot.

ARÍSTIDES.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Ya no tenemos mas que decir, es verdad, caballero?

ARÍSTIDES.

Nada.

LA MARQUESA.

Tengo el honor de saludaros, caballero.

ARÍSTIDES.

Tengo el honor de saludaros, señora.

(*La marquesa se va.*)

ESCENA OCTAVA.

ARÍSTIDES *solo*

Pobre muchacho!

ESCENA NOVENA.

JACOBO Y ARÍSTIDES.

JACOBO, *saliendo.*

Sois vos, padrino?

ARÍSTIDES.

Sí, mi querido Jacobo; estás bueno?

JACOBO.

Perfectamente; pero cómo estais aquí?

ARÍSTIDES.

He venido con tu madre.

JACOBO.

Está aquí?

ARÍSTIDES.

No; nos espera en la Fonda de Francia, en el Havre.

JACOBO.

Vamos á reunirnos con ella, pronto.

ARÍSTIDES.

Escúchame un momento ; eres hombre ?

JACOBO.

Qué quereis decir?

ARÍSTIDES.

Te pregunto si estás preparado para los acontecimientos de la vida, como todo hombre sensato debe estarlo?

JACOBO.

Mi madre ha muerto?

ARÍSTIDES.

No; pero puesto que es la desgracia en la cual has pensado en primer lugar, la que tengo que decirte no es tan grande.

JACOBO.

Hablad.

ARÍSTIDES.

La mano de la señorita de Sternay, te ha sido rehusada.

JACOBO.

Porqué?

ARÍSTIDES.

Porque eres hijo ilegítimo.

JACOBO.

Quién ha dicho eso ?

ARÍSTIDES, *dándole un papel.*

Tu fé de bautismo : lee.

JACOBO, *leyendo.*

« Un niño designado con el nombre de Jacobo, hijo » de la señorita Clara Vignot ; padre desconocido. » Esta es mi fé de bautismo ?

ARÍSTIDES.

Sí.

JACOBO.

Entonces he mentido! porqué mi padre no se casó con mi madre? porqué me han ocultado la verdad? Quiero saberlo todo; este padre desconocido para la ley, tiene un nombre?

ARÍSTIDES.

Sí.

JACOBO.

Vive aun?

ARÍSTIDES.

Vive.

JACOBO.

Y se llama?

ARÍSTIDES.

El señor de Sternay.

JACOBO, *para marcharse.*

El tio de Herminia?

ARÍSTIDES.

El tio de Herminia. Adónde vas?

JACOBO.

A casa de mi padre.

ARÍSTIDES.

Para qué?

JACOBO.

Para verle, puesto que jamás le he visto. (*Se va.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

—

Cuarto en una fonda.

ESCENA PRIMERA.

CLARA *sola arreglando varios papeles encima de una mesa. Sale* ARÍSTIDES.

CLARA.

Al fin, eres tú!

ARISTIDES.

Sí, yo; creí que nunca llegaba en esa maldita diligencia.

CLARA.

Qué noticias?

ARISTIDES.

Malas.

CLARA.

Ya me lo figuraba! La marquesa?...

ARÍSTIDES.

Ha estado como debia: no hay nada que esperar por ese lado.

CLARA.

Y la señora de Sternay?

ARISTIDES.

Parece muy buena. Verdad es que cuando la he visto no sabia todavía nada de lo que me guiaba.

CLARA.

Y la jóven?

ARISTIDES.

Creo que es la mejor de toda la familia.

CLARA.

Por último, y Jacobo?

ARISTIDES.

Calculas el efecto que le ha hecho esta noticia...

CLARA.

Me habrá maldecido.

ARISTIDES.

Él! estás loca? Ha deseado saber el nombre de su padre; y nada mas.

CLARA.

Y qué le has dicho?

ARISTIDES.

Todo.

CLARA.

Y entonces...

ARISTIDES.

Ha ido á verle.

CLARA.

De manera que en este momento...

ARISTIDES.

Está en su casa.

CLARA.

Qué sucederá!...

ARÍSTIDES.

No lo sé.

CLARA.

Debias haberle impedido que fuese. Jacobo es muy bueno; pero ya sabes que tiene el carácter violento...

ARÍSTIDES.

Difícil es detener á un hombre colocado en su posicion... lo único que se puede hacer es tratar de dirigirle en esta posicion... Si tú me hubieras creido, hace tiempo que le habrias contado todo: por último, he venido á informarte del resultado; esto me parecia esencial. Ahora voy á casa de Sternay, veré lo que pasa y vuelvo al momento.

CLARA.

Querido Arístides! qué bueno eres!...

ARÍSTIDES.

Una hora de paciencia aun...

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS Y JACOBO.

JACOBO, *saliendo.*

Madre mia!...

ARÍSTIDES.

Demasiado tarde!...

CLARA, *abrazando á Jacobo.*

Jacobo! hijo mio! amigo mio!

JACOBO *da la mano á Arístides.*

Vengo de casa del señor de Sternay.

CLARA.

Y qué?...

JACOBO.

No estaba. Le he dejado mi nombre, el nombre que

llevaba hace dos horas, con mis señas, rogándole que me diga á qué hora podré verle. (*A Clara.*) Me alegro de este retraso, porque tendré tiempo de hablar contigo.

CLARA *á Aristides, que se va.*

No te alejes, deseo verte dentro de un momento.

(*Aristides se va.*)

ESCENA TERCERA.

CLARA Y JACOBO.

JACOBO.

Vamos, madre mia, vas á contármelo todo, no es verdad?

CLARA.

Interroga. .

JACOBO.

Para poderme esplicar con el señor de Sternay, necesito saber la verdad.

CLARA.

Qué le vas á decir?

JACOBO.

Segun lo que tú me digas.

CLARA.

No olvides que es tu padre.

JACOBO.

Del mismo modo que él no ha olvidado que yo era su hijo.

CLARA.

Tal vez aparece mas culpable de lo que es.

JACOBO.

Le disculpas ya?

CLARA.

Es mi deber.

JACOBO.

Cuando ese hombre te abandonó, sin tener motivo para ello ¿no es verdad que él no podia reprocharte nada?

CLARA.

Nada : lo juro delante de Dios; pero piensa en lo que vas á hacer.

JACOBO.

Voy á hacer lo mas sencillo del mundo : quiero saber qué motivos tiene un padre para abandonar á su hijo : voy á preguntárselo á él mismo : si el motivo es suficiente, lo comprenderé.

CLARA.

Y si rehusa el comunicarte ese motivo?

JACOBO.

Por qué?

CLARA.

Porque puede negar que es tu padre; porque no hay nada que lo pruebe.

JACOBO.

Delante de la ley; pero y delante de nosotros?

CLARA.

Y qué adelantas con esa esplicacion?

JACOBO.

Conocer la verdad.

CLARA.

Voy á decírtela. Mi solo error ha sido el no habértela dicho antes. Creía poder conservarte en esta ignorancia toda la vida, por lo menos hasta mi muerte. Te he

retirado de todas las carreras en las cuales se necesitaba declarar tu posicion. Conozco que no debia haberlo hecho. Hoy, en presencia de tu amor por la señorita de Sternay, esta revelacion es una desgracia irreparable, porque á causa de ella tu matrimonio está roto y ves desvanecida tu esperanza. Tal vez no sea así, porque yo soy digna de tí, y siempre he sido una buena madre; tú, por tu parte, eres un hombre honrado, y eres digno de ella: de la esplicacion con el señor de Sternay, con tu padre, depende todo. Ahora que ya no soy una jóven, que las pasiones son menos vivas, comprendo mejor lo que antes no comprendia. En esa entrevista, sé conciliador, amable; cuando el señor de Sternay vea lo que es su hijo, estará orgulloso; él solo puede reparar, moralmente al menos la desgracia que te abruma, puesto que él es el tutor de Herminia; porque, al fin, casándote con ella serás feliz. Pues bien, apela á sus buenos sentimientos; te escuchará y te llamará su hijo en el fondo de su corazon, si bien no lo hará en público; de manera que habiéndote escluido de su familia, por su matrimonio, entrarás en ella por el tuyo. Dí, no es el mejor consejo que puedo darte? no es lo que debes hacer en estas circunstancías?

JACOBO.

No, madre mia; crees que un hombre como yo, que ama y estima á su madre desde hace veintitres años, como la mas santa y buena de las mujeres, sabe de repente lo que yo he sabido, y que este hombre, al encontrarse frente á frente con su padre, no le pedirá esplicacion de toda su vida, y olvidará todo, ó no querrá saber nada, por conseguir la mano de la que ama? Me conoces demasiado, has hecho de mí un hombre demasiado elevado y leal, para pensar que viviria dudando de tí ó de mí. Sí, amo á Herminia, y este amor era el sueño de mi porvenir; hace dos horas que pensaba así, porque me creía un hombre como los demás; ahora es otra cosa, y mi amor es despues de mi honor. Amaré á Herminia cuando esté seguro de que soy un hombre honrado.

CLARA.

Jacobo!...

JACOBO.

No ves, madre mia, ó no quieres adivinar, que desde que estoy aquí, un solo pensamiento agita mis labios, y que una sola idea me domina? No comprendes que hay en mi vida pasada y presente un misterio que no puedo esplicarme, y cuya esplicacion, tanta es la costumbre que tengo de amarte y respetarte, que no me atrevo siquiera á preguntártela? que es preciso que dirija yo á otro esta pregunta?

CLARA.

Todo lo sabrás, hijo mio!... pregúntame y júzgame; asi lo deseo.

JACOBO.

Pues bien, madre mia, esplícame por qué soy rico, puesto que tú no tenias fortuna y que mi padre me abandonó

CLARA.

Escúchame, Jacobo, escúchame bien y con calma; te lo ruego.

(*Sale un criado.*)

Señor...

JACOBO.

Qué quereis?

EL CRIADO.

Está aquí un caballero que quiere hablaros, dice que habeis estado en su casa hace poco : el señor de Sternay.

JACOBO, *abriendo una puerta lateral.*

Entra, madre mia, escucha lo que va á pasar, y sal cuando lo creas necesario. (*Al criado.*) Haced entrar al señor de Sternay. (*Abraza á su madre.*)

CLARA.

Me prometes?...

JACOBO.

Te prometo conducirme como un hombre de honor. (*Clara entra en el cuarto al mismo tiempo que se presenta Sternay.*)

ESCENA CUARTA.

JACOBO Y STERNAY.

STERNAY.

Tengo el honor de hablar con el señor de Boisceny?

JACOBO.

Sí, caballero.

STERNAY.

Siento infinito no haber estado en casa cuando os habeis tomado la molestia de venir; al entrar, he hallado vuestro nombre y señas, y he venido para evitaros la molestia de volver.

JACOBO.

Os doy las gracias, caballero, por esa bondad.

STERNAY.

No hay por qué.

JACOBO.

Sin duda que la señora de Sternay, á quien he tenido el honor de conocer en el campo, os ha hablado ya de mí?

STERNAY.

Efectivamente, caballero, en una de sus cartas, me hablaba de vos, y en tales términos, que siendo aun un desconocido para mí, ya no érais un estranjero... me decía que amábais á mi sobrina, y que nos habiais hecho

el honor de pedir su mano. Mi madre no se encuentra en el campo?...

JACOBO.

Sí, está en este momento.

STERNAY.

La habeis visto?...

JACOBO.

No, caballero.

STERNAY.

Ah! ella es la que se ocupa de Herminia; es mas conveniente... yo no hago mas que ratificar lo que ella hace... pero la cesion de mis derechos no ha disminuido mis deberes ni enfriado mi cariño hácia Herminia, la amo como si fuera mi hija, y será mi única heredera puesto que no tengo hijos.

JACOBO.

No teneis hijos, caballero?

STERNAY.

No.

JACOBO.

No los habeis tenido nunca?

STERNAY.

Jamás...

JACOBO, *despues de un momento de silencio.*

Cuando fuí á vuestra casa, caballero, era para preveniros que debian considerarse mis proyectos de enlace como si no hubieran sido presentados.

STERNAY

Retirais vuestra pretension?

JACOBO.

No. Vuestra madre rehusa su consentimiento, y sin duda vuestra decision será conforme á la suya.

STERNAY.

Y con qué motivo ha rehusado?

JACOBO.

Porque del mismo modo que vos, caballero, no teneis hijos, cosa muy comprensible, yo no tengo padre, lo cual no se comprende.

STERNAY.

No teneis padre?... no comprendo.

JACOBO.

Soy hijo natural. Hace dos horas que lo he sabido y me he apresurado á ir á decíroslo; mi madre me habia ocultado siempre mi posicion, sin lo cual no hubiera osado pedir la mano de vuestra sobrina. Vuestra señora madre, rehusa formalmente su consentimiento, porque ha sabido la verdad, y no tengo mas esperanza que en vos, caballero.

STERNAY.

No esperaba esta revelacion hecha tan brusca y sencillamente.

JACOBO.

Que segun ha sido franca la confesion, lo sea vuestra respuesta.

STERNAY.

Entonces os diré que vuestra franqueza prueba un hombre honrado, caballero; desgraciadamente...

JACOBO.

Desgraciadamente...

STERNAY.

Pertenecemos mi madre y yo, ella por su nacimiento, yo, por mis trabajos, á un mundo, mejor dicho á dos, en los cuales lo que las gentes superiores llaman una preocupacion, ellos llaman un principio. Herminia no

es mi hija, no es mas que mi sobrina... No podemos disponer de su suerte sino con el mayor miramiento..... El matrimonio es, no solamente la union de dos personas, es la alianza de dos familias; es necesario...

JACOBO.

Que las dos familias sean, si no del mismo rango, al menos de la misma raza?

STERNAY.

Sí, caballero. Me habeis pedido que fuera franco, dispensadme, lo soy.

JACOBO.

Vamos á ver hasta dónde irá esta franqueza. Mi madre se llama Clara Vignot.

STERNAY.

Clara Vignot?

JACOBO.

Sí, caballero.

STERNAY.

Sois el hijo de Clara Vignot!...

JACOBO.

Y por consiguiente, el vuestro.

STERNAY.

Caballero...

JACOBO.

Si negais que sois mi padre, me retiro al momento, caballero.

STERNAY.

Yo, no niego nada.

JACOBO.

Entonces, por qué no os habeis casado con mi madre? or qué no me habeis dado vuestro nombre?

STERNAY.

No tengo nada que contestar.

JACOBO.

Por qué?

STERNAY.

Porque no puedo reparar nada.

JACOBO.

Caballero, no os pido que repareis vuestra conducta, os pido la esplicacion de ella. No quiero solicitar un nombre, deseo hacer una informacion. Hasta ahora, me han engañado sobre mi nacimiento, quiero saber por qué. Vos solo podeis darme luces, hablad sin rodeos; soy un hombre y conozco la vida. Tened la bondad de contestarme. Qué hacia mi madre cuando la conocísteis?

STERNAY.

Trabajaba.

JACOBO.

Para vivir?... No puede haber nada mas honroso. Podian decir de ella algo?

STERNAY.

No.

JACOBO.

La amabais?

STERNAY.

La amaba.

JACOBO.

Os hicisteis amar de ella bajo palabra de casamiento?

STERNAY.

Sea! Cuando hice esta promesa, creí poder cumplirla.

JACOBO.

Por qué no la habeis cumplido?

STERNAY.

Los acontecimientos son mas fuertes que la voluntad del hombre; mi posicion, mi familia, que nunca hubiera consentido en ese enlace, pérdidas de dinero, que me hacian aun mas esclavo de mi madre, y necesidades sociales...

JACOBO.

Cuando resolvisteis casaros con otra que la madre de vuestro hijo, vinisteis á decirle francamente, el por qué era esta separacion? Se resignó? consintió?

STERNAY.

No, dije á vuestra madre que partia.

JACOBO.

Y por qué ese... rodeo?

STERNAY.

Porqué?... porqué?... porque hay ciertas cosas, que no se tiene valor para decirlas á una mujer, á la cual, no se tiene nada que echar en cara, esta es la verdad. Tuve miedo de las lágrimas, de las recriminaciones, de los reproches. Convenid en esto mismo, caballero; vos conoceis la vida tambien como yo, por qué obligarme á continuar, y á decir lo que adivinais y que podria causaros un disgusto?.. qué quereis, era jóven... tenia venticinco años. Podia preverse este desenlace: me conduje, como un jóven, como otros muchos, como vos mismo en mi lugar os hubierais conducido.

JACOBO.

No lo creo.

STERNAY.

No lo creeis! porque se trata de vos en este momento. Quisiera reparar esta desgracia... pero, cómo?... Soy casado, no puedo decir la verdad á mi mujer. Cuando os han dicho vuestro nacimiento y habeis venido á mi casa, podeis preguntar á vuestro corazon si era el

sentimiento filial el que os conducia. La familia no es solamente un lazo por la sangre... es una costumbre del corazon que no se recobra cuando... por un acontecimiento cualquiera, ha sido rota durante veinte años. El único cambio que ha habido en nuestra vida, es que sabemos ambos una cosa que ignorábamos hace una hora; para vos es un pesar, y para mí un sentimiento, mejor dicho, un remordimiento, porque si hace veinte años hubiera sabido lo que sé ahora, probablemente habria tomado mi vida otra direccion. Vos no sois un niño, y vuestro corazon no se contentaria con el nombre de hijo dado y recibido en secreto. Sois independiente, no teneis necesidad de nadie; no tengo nada que ofreceros.

JACOBO.

Verdad es, caballero: el primer movimiento que he tenido hácia vos, no ha sido de amor; pero quién tiene la culpa? Pues bien, sea, me someto á las razones frias que os sugiere vuestra edad, y á la necesidad de los acontecimientos, y no os preguntaré nada de lo que un hijo puede preguntar á un padre; pero lo que no hubierais hecho por un hijo ilejítimo que os era completamente estraño, no lo haréis ahora que conoceis al padre? Supongamos que, como me decia hace poco mi madre, apelase á vuestro corazon, que ella dice es bueno, que encerrando mi ambicion en mi amor me limite á pediros la mano de vuestra sobrina, me la dariais?

STERNAY.

Ciertamente, bien quisiera, pero, cómo hacerlo?... No soy el dueño de mi sobrina. Mi madre es tutora; existe un consejo de familia. Seria, pues, imposible ocultar la irregularidad de vuestro nacimiento. Como es siempre á la mujer á quien se acusa, se harian mil suposiciones deshonrosas para Herminia, dirian que se necesitan graves motivos para que mi madre y yo consintamos en este matrimonio, y se le daria el nombre de reparacion... Finalmente, quereis que os diga todo? se diria que era un escándalo; se diria que á la mujer á quien habia rehusado el nombre de esposa, la traia bajo el techo conyugal,

con el nombre de madre política; que el hijo á quien no dí mi nombre, le siento en mi hogar como yerno. Añadirian que hacia pasar á este mismo la fortuna de mi hermano que no me pertenece, y que soy generoso para mis hijos con el dinero de otros. Cuál de estos escándalos estais pronto á aceptar por el honor de vuestra esposa, la reputacion de vuestra madre, y por vuestra dignidad personal?...

JACOBO.

De manera que mi vida esta rota, mi porvenir perdido, mi corazon condenado por una falta que no es mia, que es vuestra, y cuyas consecuencias, con la fria lógica del egoismo social, haceis que caigan sobre mí; pero, tened cuidado, caballero, vuestras reflexiones pueden conducirnos al trastorno de las leyes mas sagradas de la naturaleza.

STERNAY.

Por qué?

JACOBO.

Quién podrá mostrarme el punto en que concluye el razonamiento social y empieza el de la naturaleza? Puesto que el mundo no sabe ni debe saber nunca que soy vuestro hijo, y que no ve en nosotros mas que dos estraños: pues bien, supongamos que siguiendo la lójica de mi situacion de la misma manera que vos seguís la vuestra, qué me responderiais si os pidiese cuenta, no como un hijo á su padre, sino de hombre á hombre, del deshonor de mi madre?

ESCENA QUINTA.

LOS MISMOS Y CLARA.

CLARA *saliendo á las últimas palabras de su hijo.*

Jacobo!

JACOBO.

No temais, madre mia, tratamos de la lójica este caballero y yo.

STERNAY.

Pues bien, os responderé que aun mas lójicamente habeis perdido el derecho de decirme lo que me habeis dicho, habiendo aceptado hace tiempo una posicion en la cual yo no puedo hacer nada, y de la cual mi delicadeza me impedia hablaros. Me forzais á daros motivos mas positivos de los que os he dado? Os diré que no es al hijo de Clara Vignot, la pobre obrera, á quien reuso la mano de mi sobrina; se la niego al señor de Boisceny, al hombre del gran mundo, que lleva un nombre cuyo orígen no conozco, y que tiene veintìcinco mil francos de renta, sin que yo sepa de donde vienen.

JACOBO.

Responded vos, madre mia, á esta pregunta, á la cual no puedo yo contestar, puesto que yo mismo os la he hecho no hace mucho.

CLARA.

Entonces júzgame: el señor de Sternay levanta á tus ojos el velo del pasado para disculparse, quiere acusar á tu madre; para esto llama en su ayuda una suposicion infame; sea. (*Dirigiéndose á Sternay.*) Sabeis la escena que tuvo lugar hace veinte años, una hora despues de nuestra última entrevista? Pude alcanzaros en casa de vuestra madre, que quiso hacer que espulsasen sus criados á la madre de vuestro hijo. Lo que os dije no me acuerdo, porque la indignacion y el dolor me volvieron loca. Lo que sé es, que desgarré la donacion que como una limosna me habiais dado, y la tiré á vuestros piés, volviéndome á mi casa, moribunda, desesperada y sin recursos. Sin embargo, pongo á Dios por testigo, tanto os amaba, que si en lugar de engañarme me hubierais dicho la verdad, me habria resignado. Creedme, este fatal desenlace lo habia previsto durante aquellas horas de soledad mortal á que me condenabais y mjentras que mecia á mi hijo que hoy es un hombre y que nos va á juzgar. A nadie lo decia, pero bien pensaba que el señor de Sternay nunca se casaria con la costurera Clara, que jamás reconoceria á su hijo, porque cuando no se

le reconoce el dia de su nacimiento, no se tiene mas tarde esa idea.

Solamente me decia á mí misma: cuando llegue el momento de nuestra separacion, me lo dirá franca y lealmente; me pedirá perdon sin el cual no seria feliz; me dará una prueba de su estimacion, y yo una prueba de mi cariño, y cuando por casualidad le encuentre alguna vez, una sonrisa que yo sola comprenderé me pagará de todo lo que he sufrido.

JACOBO.

Madre mia!

CLARA.

Despues de aquella violenta escena, caí enferma. Fuí cuidada como una hermana por un jóven que tenia la edadque hoy tienes, Jacobo. Estaba sin padres, sin amigos, y además herido de una enfermedad que limitaba su existencia á algunos meses de fiebre é insomnio. Yo acababa de perder en un dia todas mis esperanzas; no tenia á nadie mas que á tí á quien contar mis penas, y tú eras demasiado pequeño para comprenderme. Yo repito, me interesé, y tuve piedad y afeccion hácia aquel pobre sér, que acortaba su vida por salvar la mia. Una especie de amor maternal me unió á él, y emprendí á mi vez la tarea de salvarle. Prolongué su vida dos meses mas de lo que la ciencia habia fijado... es todo lo que pude hacer por él; una mañana del mes de abril murió, creyendo en la vida, última esperanza que Dios concede á los que van á morir. No niego que tuve un dolor muy grande. Cuando abrieron el testamento, encontraron que me dejaba toda su fortuna, que acepté pensando en tu porvenir (*á Jacobo*) y como para dar un desmentís al destino. No tenia familia; nadie podia quejarse; compré una tierra que se llama Boisceny, y me retiré contigo. Las gentes del pais me daban mas bien el nombre de esta propiedad, y este mismo te quedó á tí consagrado por el bien que tú hacias. Creciste, te dí educacion lo mejor que pude, diciéndote que era viuda y que tu padre habia muerto cuando eras muy niño.

Hé aquí la sola mentira de la cual soy culpable, y Dios sabe con qué buena intencion lo he hecho.

JACOBO.

Habeis concluido, madre mia?

CLARA.

Sí.

JACOBO *á Sternay.*

Teniais el derecho de decirme lo que me habeis dicho, caballero; teneis el derecho de negarme la mano de vuestra sobrina. Dispensadme por lo que os he dicho. (*Sternay hace un movimiento.*) Ahora podeis retiraros porque no tenemos que decirnos nada mas.

(*Sternay se va.*)

ESCENA SESTA.

JACOBO Y CLARA.

JACOBO.

Adios, madre mia.

CLARA.

Me dejas? adónde vas?

JACOBO.

Oh! no lo sé. Voy á seguir via recta, de frente.

CLARA.

Qué crees?

JACOBO.

Creo todo lo que habeis dicho, madre mia; creo que no teneis nada que echaros en cara, pero soy muy desgraciado!

CLARA.

Jacobo... dudas de mí?

JACOBO.

No, pero no dejo de comprender que mi padre ha cumplido conmigo, con vos y con el mundo.

CLARA.

Por qué?

JACOBO.

Porque la intervencion de un estranjero en vuestro abandono y en vuestro dolor, la influencia sobre todo de ese salvador en vuestro porvenir, dercargan de los remordimientos que debia tener el señor de Sternay. Y además, cómo quereis que viva yo? A cada momento creeré oir al rededor mio : Veis á ese hombre á quien llamais el señor de Boisceny?... pues no es su nombre! Su nombre es Jacobo ; en cuanto al padre, es desconocido! Es rico; de qué le ha sobrevenido esa fortuna? .. de un jóven, de un niño que se moria, y quien, dominado por la madre de Jacobo, le dejó cuanto poseia.

CLARA.

Jacobo!

JACOBO.

Esto habrán dicho á mi alrededor hace veinte años, sin que yo lo haya entendido : hé aquí lo que oiré ahora que lo comprendo.

CLARA.

Yo era una pobre muchacha, sin instruccion, sin conocimiento del mundo ; te adoraba, qué debia haber hecho?

JACOBO.

Haber aceptado la limosna de mi padre, aunque hubiéramos vivido á pan y agua, mas bien que aceptar el don de un estraño. Despues, cuando hubiera llegado á la edad de la razon, haberme dicho todo, y haber hecho de mí un trabajador oscuro, sin mas ambicion que el pan de cada dia, sin otra educacion que el respeto á su madre y el ser honrado. Si no teniais para mantenerme, haberme metido en un hospicio; pero no debiais haber hecho de mí un falso caballero, orgulloso de un nombre prestado, viviendo sin honor y sin vergüenza de un doble deshonor.

ESCENA SÉPTIMA.

LOS MISMOS Y ARÍSTIDES.

ARÍSTIDES, *que sale á las últimas palabras.*

Miserable! ..

JACOBO.

Caballero!

ARÍSTIDES.

Oh! no me causas miedo! Te lo repito, el hombre que insulta á una mujer es un cobarde; pero el hombre que insulta á su madre, es mas miserable que un lacayo ó un ladron. No hagas un gesto.... te ahogo como á un perro!... Qué tonto soy! me dejo llevar de mi carácter... un notario.... y la situacion es imposible.... (*Tomando á Jacobo por el brazo.*) Vamos, abraza á tu madre, tonto.

JACOBO, *echándose á los piés de Clara.*

Ah! teneis razon, soy un miserable!

CLARA.

Pobre hijo mio!

JACOBO, *tendiendo su mano á Arístides, pero hablando con su madre.*

Perdóname, perdóname, te lo suplico.

CLARA.

Sí, te comprendo y te perdono.

JACOBO.

He tenido un momento de locura; esperaba tan poco esa noticia... ahora estoy tranquilo, y jamás volverémos á hablar de eso... Pero tengo necesidad de llorar; estaba tan confiado en la vida!... Ese hombre ha sido muy cruel. Un padre... es estraño... tal vez será culpa mia! una palabra suya hubiera sido suficiente para que le

amase; pero cuando le he oido decir con la mayor tranquilidad que no tenia hijos, cuando he visto que tan fácil y sencillamente estaba borrado de su vida, he esperimentado una sensacion indescriptible, como si de repente me hubieran helado el corazon. En fin, parece que en la vida se está espuesto á esas pruebas. Me queda la persuasion de que soy un hombre honrado, y vuestro amor, madre mia... porque me amas y me perdonas...

ARÍSTIDES.

Y otros aun que te aman... yo por ejemplo... y la señorita Herminia tambien.

JACOBO.

Sí, tal vez... pero no contemos con eso demasiado... la pobre niña no es libre... y además ella no sabia... no se puede pedir todo al corazon de la mujer: lo mejor es preveerlo todo.

Vámonos, vivirémos reunidos en el campo, y verémos lo que decide el tiempo. (*A su madre*) Te agrada esto?

CLARA.

Me lo preguntas?...

JACOBO.

Varias personas hay desgraciadas, no somos los únicos. Tratarémos de ocuparnos en hacer bien! (*Llaman.*)

ARÍSTIDES.

Adelante... (*Jacobo que ha estado à los piés de su madre se levanta.*)

ESCENA OCTAVA.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS DE ORGEBAC.

EL MARQUÉS.

El señor de Boisceny?...

JACOBO.

Soy yo, caballero.

EL MARQUÈS.

Me han encargado que os entregue una carta, caballero. (*Da una carta á Jacobo.*)

JACOBO, *leyendo.*

« Caballero, podeis entregar con toda confianza á mi tio el marqués de Orgebac los papeles de los cuales tuvisteis la bondad de encargaros. Siento infinito partir sin daros las gracias yo misma, pero os ruego que creais en mi gratitud, y soy su afectísima, Enriqueta Sternay.» (*Al marqués.*) Tomad, he aquí los papeles, caballero; rogad á la señora de Sternay que me dispense si no se los he entregado inmediatamente, pero confieso que los habia olvidado en medio de mis preocupaciones personales.

EL MARQUÉS.

Quereis darme vuestra mano, caballero?...

JACOBO, *tendiéndole la mano.*

Con el mayor gusto.

EL MARQUÉS.

Hasta la vista.

JACOBO.

Hasta la vista.

EL MARQUÈS A CLARA.

Podeis estar orgullosa de vuestro hijo, señora, es un hombre de honor. Tenia una venganza en las manos, y no ha hecho uso de ella.

CLARA.

Gracias, caballero!...

JACOBO AL MARQUÉS.

Dispensadme, señor marqués; pero como me parece que os tomais interés por mí, me permitiréis que os haga una pregunta?

EL MARQUÉS.

Ciertamente.

JACOBO.

Sabeis lo que ha pasado entre el señor de Sternay y yo?

EL MARQUÉS.

Sí.

JACOBO.

Y la señora de Sternay?

EL MARQUÉS.

Sabe que este enlace se ha roto, pero no conoce la causa.

JACOBO.

Y la señorita Herminia?

EL MARQUÉS.

Ha recibido la órden de no pensar mas en vos, sin mas esplicacion.

JACOBO.

Y entónces?...

EL MARQUÉS.

Entonces ha querido saber las razones de esta órden; se lo han negado, y entonces se dispuso á venir á preguntárselo á vuestra madre: ya sabeis su carácter.

JACOBO.

Y...

EL MARQUÉS.

Y como mi hermana no ha creido que debia permitírselo, ha mandado á Herminia al convento.

JACOBO.

Hasta qué?...

EL MARQUÉS.

Hasta su mayor edad.

JACOBO.

Gracias, caballero. (*Se va el marqués.*) Y bien? padrino (*á Arístides*), vaya un dia, hé?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

—

Casa del marqués de Orgebac.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS Y ARÍSTIDES.

EL MARQUÉS.

Con que, mi querido señor Fressard, tendréis la bondad de hacer esto por mí; habeis comprendido?

ARÍSTIDES.

Perfectamente! He comprendido, que durante mi estancia en Paris me habeis invitado á pasar el dia en vuestra casa de campo, y que me mandais que haga un contrato con vuestro arrendador.

EL MARQUÉS.

Mi querido señor Fressard, me dispensaréis, pero...

ARÍSTIDES.

Es una broma, señor marqués.

Desde hace un año, desde el dia en que tan cordialmente tendisteis vuestra mano á Jacobo, fuí completamente vuestro. Me haceis el honor de convidarme para que vaya á pasar el dia en vuestra casa de campo, y me decís que haga un contrato; pues bien, todo es en mi beneficio, y os doy las gracias.

EL MARQUÉS.

Me gustan las naturalezas rectas y francas; en cuanto os conocí, me incliné á vos. Solamente no estoy contento, porque no habeis traido á vuestra esposa. Soy soltero, pero es verdad, que soy un soltero viejo.

ARÍSTIDES.

No es por esto por lo que Victoria no ha venido; pero no va ni puede ir á ninguna parte á causa de los niños.

EL MARQUÉS.

Cuántos teneis?

ARISTIDES.

Nueve: como las musas.

EL MARQUÉS.

Son hijas?

ARÍSTIDES.

Todos hijos! qué desgracia que no sea yo Prusiano!

EL MARQUÉS.

Y por qué?

ARISTIDES.

Porque hubiera obtenido la medalla.

EL MARQUÉS.

Qué medalla?

ARISTIDES.

En Prusia cuando se es padre de doce hijos, se recibe una medalla del rey, y aquí para entre nosotros, la hemos ganado bien.

EL MARQUÉS.

Qué edad tiene el último?

ARISTIDES.

El último tiene un mes.

EL MARQUÉS.

De manera que la señora Fressard está aun delicada.

ARISTIDES.

Victoria? Ya se ve que no la conoceis, señor mar-

qués, hace quince dias que se ha levantado, como si no hubiera sucedido nada, y pronta á volver á empezar... si se quiere.

EL MARQUÉS.

Y sois feliz de tener tantos hijos?

ARISTIDES.

Si, á fé mia! el mayor tiene diez y nueve años, vino al mundo nueve meses, dia por dia, despues de mi matrimonio. Está en el colegio de Sain-Cyr. Va muy bien; su carrera está ya hecha. El segundo tiene diez y siete años, tiene inclinacion para el comercio; será comerciante. Quiero dirigir mis hijos, pero no quiero contrariarlos; qué quereis, señor marqués, siempre he vivido en provincia. Con motivo de mi profesion, he visto de cerca los vicios, las pasiones, y hasta las tendencias de los hombres. Siempre están en un error, mientras que se encuentran fuera de la familia, como hijo, como esposo y como padre El objeto de la naturaleza, es que el hombre tenga muchos hijos, que los eduque para que sean útiles, y que los quiera para hacerlos felices. Casarse cuando es uno jóven y robusto, escoger, en cualquiera clase qué sea, una mujer sana y honrada, amarla con toda su alma, hacer de ella una compañera fiel y una buena madre, trabajar para criar sus hijos, y al morir dejarles el ejemplo de su vida; hé aquí la verdad. Lo demás no es mas que error, crímen ó locura.

EL MARQUÉS.

Mi querido señor Fressard, sois un filósofo.

ARISTIDES.

He tenido buen padre, tengo una buena esposa, es todo lo necesario. Con estas ideas he criado á Jacobo, porque felizmente he reemplazado á su padre; por esto cuando conoció á vuestra sobrina no queria desprenderse de ella. Por último, hay personas como vos, señor marqués, que no habiendo sido casados ni habiendo tenido nunca hijos, son útiles á los hijos de otros. A esas personas se las debe amar y bendecir, como yo os amo desde que

os conozco Dicho esto, me voy á hacer vuestro contrato, y os respondo que estará bien hecho.

EL MARQUÉS.

Estoy tranquilo.

ARISTIDES.

Se come á las seis?

EL MARQUÉS.

A las seis sin falta.

ARISTIDES.

Os prevengo que tendré hambre. La regularidad en las comidas es una cosa importante en la vida. El apetito! es el bien estar del cuerpo.

EL MARQUÉS.

Y Jacobo viene á comer con nosotros?

ARISTIDES.

No está seguro si podrá quedarse á comer. Marcha esta tarde; pero siempre vendrá á haceros una visita. Hasta luego!

EL MARQUÉS.

Hasta luego. (*Arístides se va, en aquel momento sale Sternay.*)

ESCENA SEGUNDA.

EL MARQUÉS Y STERNAY.

STERNAY.

Yo conozco esta fisonomía. Quién es ese caballero, tio mio?

EL MARQUÉS.

Es un notario... mi notario.

STERNAY.

Creo que le he visto en alguna parte.

EL MARQUÉS.

Has debido verle. Comes con nosotros?

STERNAY.

Sí, sí, y la marquesa mi mujer y mi sobrina. Ya recibiriais mi carta.

EL MARQUÉS.

Sí, y he convidado algunas personas, tanto para que no os fastidieis, como por celebrar tu vuelta; porque hace cerca de un año que no nos hemos visto.

STERNAY.

Once meses!

EL MARQUÉS.

Y habeis tenido un viaje feliz?

STERNAY.

Magnífico, y ha sentado muy bien á Enriqueta. El golfo de Nápoles es encantador; y vos, qué habeis hecho durante este tiempo?

EL MARQUÉS.

Siempre lo mismo, estoy en la edad donde no se empieza, sino se continúa. La cámara, algunos trabajos, un paseo á pié ó en coche, la caza, mis libros, dos ó tres buenos amigos, y nada mas.

STERNAY.

Pues bien, mi querido tio, yo vuelvo con ideas nuevas.

EL MARQUÉS.

De veras?

STERNAY.

Y vengo á comunicároslas y á pediros consejo. Ya sa-

beis cuánto os amo, y qué confianza tengo en vuestra filosofía y vuestra esperiencia.

EL MARQUÉS.

Eres muy bueno. Escucho.

STERNAY.

He dejado los negocios.

EL MARQUÉS.

Hace mucho tiempo?

STERNAY.

Hace seis meses.

EL MARQUÈS.

Pues que no iban bien?

STERNAY.

Escelentes; pero he encontrado un buen beneficio, y además viajaba. He vendido mi parte.

EL MARQUÈS.

Lo deseaba tu madre?

STERNAY.

Sí.

EL MARQUÉS.

Y cuando quiere una cosa...

STERNAY.

Os aseguro que la desea.

EL MARQUÈS.

Además no puede quejarse: siempre has hecho lo que ha querido.

STERNAY.

Oh! Dios mio, sí... porque, en verdad, es mujer de gran talento y virtud.

EL MARQUÉS.

Sí, sí.

STERNAY.

He hecho mal en vender mi parte?

EL MARQUÉS.

Has hecho muy bien.

STERNAY.

Lo aprobais?

EL MARQUÉS.

Lo apruebo.

STERNAY.

No os burlaís de mí?

EL MARQUÉS.

Y por qué?

STERNAY.

Esto os ha sucedido varias veces.... ya soy libre... qué hacer... pero tengo una idea.

EL MARQUÉS.

Y cuál es?

STERNAY.

Una idea ambiciosa.

EL MARQUÉS.

Calla... calla.

STERNAY.

Pero de esa ambicion que nace de cuarenta á cincuenta años.

EL MARQUÉS.

Pues, que nace cuando se echa vientre.

STERNAY.

Justamente: es fastidioso no ser algo: eso se ve cuando se viaja: á un hombre como yo no le está permitido no ser por lo menos miembro del consejo general, y condecorado.

EL MARQUES.

Ya, quieres llevar escolta y guardia á tu entierro; ya te conozco...

STERNAY.

Se ven tantos tontos que están colocados en buena posicion...

EL MARQUÉS.

A lo cual dices tú que tanto vales como..... tienes razon.

STERNAY.

Me entendeis?

EL MARQUÉS.

Perfectamente.

STERNAY.

No hay mas que un medio de llegar á ser algo.

EL MARQUÉS.

Y es?...

STERNAY.

Ser diputado. Tengo una posicion respetable; soy rico; tengo amigos en los distritos; he usado de mi influencia para con los otros... ahora me toca á mí.

EL MARQUÉS.

Sabes, querido, que has tenido una escelente idea? ser hombre político... es muy bueno; y piensas tomar plaza en la oposicion?

STERNAY.

A fé mia no.

EL MARQUÉS.

Entonces te chanceas; porque tu madre siempre ha creido de su deber ser lejitimista.

STERNAY.

Hace ya tanto tiempo de eso.

EL MARQUÉS.

Y te aprueba?

STERNAY.

Como que ha sido ella quien... (*Interrumpiéndose.*)

EL MARQUÉS.

Acaba. Es ella quién te lo ha aconsejado?

STERNAY.

Sí.

EL MARQUÉS.

Ha sido un buen consejo.

STERNAY.

Y vos me ayudaréis?

EL MARQUÉS.

De qué modo?

STERNAY.

Recomendándome al ministro, de quien sois tan amigo.

EL MARQUÉS.

Querriais ser candidato del ministerio?

STERNAY.

Sí, en mi distrito, donde van á tener lugar las elecciones.

EL MARQUÉS.

Te presentaré al secretario del ministro.

STERNAY.

Cuándo?

EL MARQUÉS.

Hoy mismo.

STERNAY.

Va á venir?

EL MARQUÉS.

Le estoy esperando: tiene gran influencia con el ministro.

STERNAY.

Perfectamente... lo demás depende de vos.

EL MARQUÉS.

Hay aun mas?

STERNAY.

Sí.

EL MARQUÉS.

Veamos.

STERNAY.

Me diréis sí ó no, con franqueza.

EL MARQUÉS.

Veamos, dí.

STERNAY.

Pues bien... vengo á deciros simplemente: « Sois el solo que llevais el título y el nombre de nuestros abuelos maternos; sois soltero, no pensais casaros; el título y el nombre morirán con vos; esto no es justo, y sobre todo, que no teneis mas que decir una palabra para que no salga de la familia...

EL MARQUÉS.

Cómo?

STERNAY.

Adoptadme: vos no teneis hijos.

EL MARQUÉS.

Ni tú tampoco.

STERNAY.

Yo soy casado.

EL MARQUÉS.

Y tu mujer es jóven aun... no se sabe lo que puede suceder : buena idea has tenido; pero hace veinte años que tu madre la tuvo tambien. Cuando te casaste, me rompió la cabeza á propósito de eso mismo.

STERNAY.

Y rehusásteis?

EL MARQUÉS.

No lo has visto?

STERNAY.

Pero y ahora?

EL MARQUÉS.

Ahora lo mismo que entonces, rehuso.

STERNAY.

Me creeis indigno de llevar vuestro nombre?

EL MARQUÉS.

No; pero puesto que tú tienes el de tu padre... que es muy bueno... Sternay... es muy bonito... conserva tu nombre, yo conservaré el mio. Ah! en el caso de que tú no hubieras tenido uno... si por ejemplo fueras como tu hijo, no digo, y aun cuando él vino á pedírtelo, tú se lo rehusaste.

STERNAY.

Mi hijo... mi hijo... en primer lugar no ha venido á pedírmelo, y además es otra cosa, y ya que me hablais de esta historia...

EL MARQUÉS.

Querido, á tu edad ó la mia, ya se sabe lo que se

hace, y quiere decir que si no te casaste con la madre de tu hijo, si no le has reconocido, si no le has dado la mano de tu sobrína, habrá sido porque tenias grandes motivos.

STERNAY.

Sí, muy graves.

EL MARQUÉS.

Quisiera saber cuáles eran.

STERNAY.

Vamos, tio mio, me quereis enseñar la moral despues de la vida que habeis tenido.

EL MARQUÉS.

Yo, querido, no tengo que echarme en cara el haber deshonrado una jóven, ni haber comprometido á una mujer.

Felizmente no he encontrado mas que personas, que antes de conocerme habian tomado sus medidas : nunca he tenido mas que amores de mesa redonda. He comido del plato que mi vecino de la derecha me pasaba, y que á mi turno lo pasaba á mi vecino de la izquierda. Si me hubiese visto en tu lugar...

STERNAY.

Hubierais hecho lo que yo.

EL MARQUÉS.

No.

STERNAY.

No os hubierais casado con una obrera cuya madre era obrera, el padre peon caminero y la tia sirvienta. Vamos, tio mio, es necesario ser justo, ya no se hacen esa clase de enlaces.

EL MARQUÉS.

Convengo; pero se reconoce el niño.

STERNAY.

Tampoco. No debe uno encadenar su vida por un error de la juventud. Se le asegura para que viva, como hice yo, (no tengo la culpa si su madre no lo aceptó) y de este modo, es conducirse como pocos hombres se conducen. Para reconocerle, no se aguarda á veinte años despues, cuando no se ha vuelto á oir hablar de él, cuando no se piensa en semejante cosa, que es uno viejo, casado, que no se sabe lo que él ha hecho, que lleva otro nombre, que no es el de su madre, y que viene casi á insultaros; reconocerle, para hacer un escándalo, indisponerse con su madre y con su familia; si este muchacho fuera desgraciado... pero es mas rico que yo.

EL MARQUÉS.

Sí; habiéndose muerto de hambre, le hubieras señalado seiscientos francos de pension, y tal vez á su madre; pero no tenia necesidad mas que de un nombre... entonces, segun parece, has invocado la sociedad, la moral; debias de estar magnífico en aquel momento.... hubiera querido estar allí... y para salir de esa falsa posicion, has tenido valor de querer persuadir á tu hijo que su madre habia tenido un amante, cuando sabias lo contrario.

STERNAY.

Se podia apostar ciento contra...

EL MARQUÉS.

Mientes.... sabias muy bien lo que debias pensar.... además, suponiendo que se pudiese apostar ciento contra uno, no eras tú el que debias apostar, sobre todo, contra tu hijo; cuando su madre se esplicó delante de tí, debias haber retractado lo que habias dicho. Supongamos que fueran suficientes los motivos para no ocuparte de tu hijo; hace un año que tu silencio no admite disculpa.

STERNAY.

Pero cómo sabeis todos estos pormenores?

EL MARQUÉS.

Yo los conozco, poco importa cómo; y creo que has hecho una infamia; tu conciencia no te dice nada? tanto mejor para tí, no hablemos mas, no has venido para esto. Quieres ser diputado, quieres ocuparte de la política... no te lo impido; arréglate con el gobierno... en eso harás lo que quieras... Pero quieres que te dé mi nombre y título, y que te adopte? esto ya es otra cosa, y te lo niego: cada uno tiene sus motivos. No te doy los mios; bástete saber que son muy buenos. Y ahora quiere mucho á tu mamá, no hagas nada para descontentarla; conserva el carácter que tienes y te pronostico que serás muy feliz. Creo que despues de este discurso es inútil abrazarnos; nos podemos querer sin esto. (*A la marquesa, que entra con Herminia y la señora de Sternay.*) Buenos dias, hermana mia.

ESCENA TERCERA.

LOS MISMOS, LA MARQUESA, HERMINIA Y ENRIQUETA.

LA MARQUESA.

Buenos dias, amigo mio.

EL MARQUÉS.

Estais buena, querida Enriqueta.

ENRIQUETA.

Perfectamente, gracias.

EL MARQUÉS A HERMINIA.

Y á tí, querida niña, te han sacado hoy del convento?

HERMINIA.

Así debia ser; para vuestra fiesta.

EL MARQUÉS.

Efectivamente... es hoy dia de mi santo

HERMINIA *le abraza.*

Y os le deseo feliz y contento.

EL MARQUÉS.

Gracias, querida niña; pero te ha sentado bien el convento?

HERMINIA.

Nunca he estado mejor.

EL MARQUÉS.

Tienes muy buena cara; has engordado.

HERMINIA.

Tengo diez puntos mas de cuerpo, y he crecido: se está muy bien en el convento.

EL MARQUÉS.

De manera que te encuentras bien?

HERMINIA.

Muy bien. (*Pone su sombrero encima de una silla.*)

LA MARQUESA A STERNAY.

Y bien?

STERNAY.

Ha reusado redondamente.

LA MARQUESA

Bajo qué pretesto?

STERNAY

Bajo el pretesto de que no quiere.

LA MARQUESA.

Yo me encargo de decidirle.

EL MARQUÉS A ENRIQUETA.

Es verdad lo que dice Herminia?

ENRIQUETA.

Lo creo así.

EL MARQUÉS.

Ni una palabra del señor de Boisceny?

ENRIQUETA.

Ni una sílaba.

EL MARQUÉS.

Ni aun á vos?

ENRIQUETA.

Ni á mí.

EL MARQUÉS.

Qué os ha dicho la directora del convento?

ENRIQUETA.

Que Herminia come, bebe, duerme, habla y rie, como antes con sus compañeras.

EL MARQUES.

Y no la habeis preguntado nada?

ENRIQUETA.

No: si Herminia quisiera responder con franqueza á mis preguntas, me ama lo bastante para no esperar á que yo la pregunte. Respeto su secreto, si le tiene, tanto mas, cuanto que yo nada puedo hacer por ella.

HERMINIA *acercándose al marqués.*

Tio mio, puedo leer en este libro? no tiene nada que una jóven no pueda leer?

EL MARQUÉS.

Nada... además, está en inglés.

HERMINIA.

Yo sé el inglés; le he aprendido este año.

EL MARQUÉS.

Entonces lee lo que quieras, ó mas bien lo que puedas. (*Herminia se sienta en un rincon con el libro y parece leer con mucha atencion.*)

ENRIQUETA.

Ya lo veis.

EL MARQUÉS.

Sí, un año de convento cambia mucho á una jóven.

ENRIQUETA.

No es de aquellas que cambian en un año.

LA MARQUESA.

Hermano mio?

EL MARQUÉS.

Querida hermana!

LA MARQUESA.

Teneis algun secreto con la esposa de Sternay?

EL MARQUÉS.

Sí.

LA MARQUESA.

Entonces, despues de ella me toca á mí; no hay necesidad de tomar número?

EL MARQUÉS.

Es inútil, ya me acordaré (*á Enriqueta*). Y Herminia continúa ignorando por qué se ha rotoel matrimonio ?

ENRIQUETA.

Sí.

EL MARQUÉS.

Pero vos conoceis la causa de este rompimiento?

ENRIQUETA.

Sí; la marquesa me ha dicho que el señor de Boisceny no ha podido justificar su posicion, y que además él mismo comprendió que no debia aspirar á esta union.

EL MARQUÉS.

Nada mas?

ENRIQUETA.

No.

EL MARQUÉS.

Y Sternay no os ha dicho nada tampoco?

ENRIQUETA.

Nada, ha confirmado lo que su madre ha dicho.'

EL MARQUÉS.

Yo os diré todo, porque necesitais saberlo... esas gentes son muy ingratas, y cuando sepais la verdad me ayudaréis á hacer ese matrimonio, si ellos se aman aun.

ENRIQUETA.

Lo que hay de cierto es que el señor de Boisceny se ha conducido conmigo como todo un caballero.

EL MARQUÉS.

Es verdad.

LA MARQUESA.

Y bien, hermano mio?

EL MARQUÉS.

Soy con vos, hermana mia: sin duda os fastidiais con

vuestro hijo (*á Enriqueta*), y se os puede preguntar cómo habeis hecho ese viaje?

ENRIQUETA, *tendiéndole la mano.*

Bien.

EL MARQUÉS.

Estais contenta?

ENRIQUETA.

Jamás he sido tan feliz.

EL MARQUÉS.

Está casado?

ENRIQUETA.

Sí, su mujer es muy linda; nos hemos encontrado en Venecia.

HERMINIA.

Tio mio, sabeis el inglés?

EL MARQUÉS.

Sí.

HERMINIA.

Qué quiere decir esta palabra: Stideness.

EL MARQUÉS.

Quiere decir, constancia.

HERMINIA.

Gracias.

ESCENA SESTA.

LOS MISMOS Y JACOBO.

EL MARQUÉS, *viendo salir á Jacobo, le dice á la marquesa.*

Todavía teneis que esperar, hermana mia; felizmente que pasais el dia conmigo. (*Presentando á Jacobo.*) El señor Don Jacobo Vignot. (*Presentando á la marquesa.*) La señora de Sternay, de la casa de Orgebac. Vuestra madre, no viene, querido Jacobo?

JACOBO.

No, señor marqués; ya sabeis que mi madre sale muy poco... y hoy, ocupada en hacer los preparativos de viaje...

EL MARQUÉS.

Con que decididamente os marchais?

JACOBO.

Esta noche: venia á deciros esta buena noticia.

LA MARQUESA.

Vaya una broma, es el hijo de Clara Vignot?

STERNAY.

Sí, madre mía; no comprendo como...

EL MARQUÉS, *presentando á Jacobo al señor de Sternay.*

Mi sobrino... el señor de Sternay.

JACOBO *saludando.*

He tenido el gusto de encontrarme con este caballero una vez.

EL MARQUÉS.

La señora de Sternay...

(*Jacobo saluda á Enriqueta con todo respeto.*)

ENRIQUETA *á* JACOBO.

En este momento preguntaba por vos, caballero: solamente que no conocia el nombre bajo el cual habeis sido presentado.

JACOBO.

Por eso es por lo que me he hecho presentar de nuevo, señora; el nombre que llevaba no me pertenecia; lo he dejado y tomado mi verdadero nombre.

ENRIQUETA.

Sea el que quiera vuestro nombre, caballero, es el de un hombre á quien aprecio, y soy muy feliz en decirlo.

JACOBO.

Gracias, señora.

LA MARQUESA, *aparte.*

Qué significa esto?

JACOBO, *se dirige á Herminia y la da la mano.*

Buenos diaa, Herminia.

HERMINIA.

Buenos dias, Jacobo; no habeis dudado de mí?

JACOBO.

Ni un momento.

HERMINIA.

Yo tampoco de vos.

LA MARQUESA.

Os volveis loca, Herminia?

HERMINIA.

No lo creo, abuelita.

LA MARQUESA.

Entonces, qué quiere decir esa manera de hablar con ese caballero?

HERMINIA.

Es muy sencillo; el señor y yo nos amábamos hace un año, nos lo habiamos declarado, y lo mismo que él juró ser mi marido, yo le juré ser su mujer. Habeis creido que debiais oponeros á este enlace sin decirme por qué, y siendo menor de edad, no he podido hacer nada; además, sois de mas edad que yo; teneis esperiencia, y podia haberme equivocado: habeis obrado como toda persona sensata; pero entre personas como yo y este caballero, no hay mas que una palabra y esa es para toda la vida; despues de un año de separacion forzosa, nos encontramos en casa de mi tio, en casa de vuestro hermano, por último, en casa de un hombre honrado, que le acoge como un amigo, lo cual prueba que este caballero es digno de mi aprecio. Nos tendemos la mano delante de todo el mundo, en toda confianza, lo cual me parece mas regular, que no esperar una ocasion para hablarnos en un rincon y al oido. Ved, abuelita, la esplicacion de mi conducta.

LA MARQUESA.

Y se puede saber cuál es vuestra intencion?

HERMINIA.

Sí, abuelita: si me lo hubierais preguntado antes, os lo hubiera dicho ya: mi intencion es casarme con Jacobo Vignot, como lo era casarme con el señor de Boisceny, puesto que nos amamos: no es el mismo nombre, pero es el mismo hombre.

LA MARQUESA.

Y cuándo pensais casaros con él?

HERMINIA.

Cuando no podais hacer nada, sino dejaros convencer, abuelita.

LA MARQUESA.

Muy bien, señorita; pero y hasta entonces?

HERMINIA.

Hasta entonces, querida abuelita, me llevaréis, segun creo, al convento, y tendreis razon; porque además de que no os seria agradable ver al lado vuestro una niña tan desobediente como yo, yo por mi parte deseo estar allí hasta los veintiun años, con el deseo de aprender muchas cosas que no sé aun.

LA MARQUESA.

Entonces, si gustais, nos marcharémos al momento; porque mi opinion es que vuestro puesto no es aquí.

HERMINIA.

Estoy á vuestras órdenes, abuelita.

LA MARQUESA.

Partamos!

HERMINIA.

Partamos. (*Va á tomar el sombrero.*)

ENRIQUETA.

Señora...

LA MARQUESA.

Nada teneis que hacer en este negocio.

STERNAY.

Vamos, madre mia.

LA MARQUESA.

Hijo mio, si teneis que hablarme, me encontraréis.

mi casa. (*Al marqués.*) En cuanto á vos, hermano mio, será la última vez que me veis en vuestra casa, y si hubiera previsto lo que debia suceder, os habria desembarazado antes de mi presencia.

EL MARQUÉS.

Como gusteis, hermana mia; pero en mi casa no habeis encontrado mas que personas á quienes aprecio y quiero.

LA MARQUESA.

Venid, Herminia.

HERMINIA.

Estoy dispuesta, abuelita... Jacobo, hasta la vista.

JACOBO.

Hasta la vista, Herminia. (*Herminia se va con la marquesa.*)

STERNAY, *á Jacobo.*

Necesito hablaros.

JACOBO.

Estoy á vuestra disposicion.

EL MARQUÉS, *á Enriqueta.*

Estos caballeros tienen que hablarse; venid á dar uns vuelta por el jardin, querida Enriqueta, para contaroa una historia, y daros parte de una idea.

ENRIQUETA.

No comprendo nada: quién tiene razon en este negocio?

EL MARQUÉS.

Todos: esa es la dificultad. (*Se van.*)

ESCENA QUINTA.

JACOBO Y STERNAY.

STERNAY.

Vamos, caballero, á donde pensais ir á parar?

JACOBO.

Yo á nada, caballero.

STERNAY.

Sin embargo, vuestra presencia en esta casa, el mismo dia de mi vuelta, prueba que teneis un objeto.

JACOBO.

Os equivocais, caballero.

STERNAY.

Qué habeis venido á hacer aquí?

JACOBO.

He venido á ver y á despedirme del señor de Orgebac; porque parto esta noche, y no solamente ignoraba que os hallábais aquí, sino que ni aun sabia que os habiais marchado, y que estábais de vuelta; y puedo aseguraros que si hubiera sabido que os encontraria, á vos y á vuestra madre, no habria aceptado la invitacion del marqués para no esponernos á una situacion desagradable para aquellos, penosa para éstos, y ridícula para todos. El marqués ignoraba, como yo, que vos le hariais hoy una visita; aun esta vez ha sido solo efecto de la casualidad.

STERNAY.

De manera que estais muy relacionado con mi tio?

JACOBO.

Como puede estarlo un hombre de mi edad con uno de la suya; un motivo independiente de nuestra voluntad nos

puso en relacion el año pasado; una hora despues de conocernos, de repente el señor de Orgebac se interesó por mí, y ha tratado de serme útil, lo que ha conseguido, y tengo por él el mas sincero aprecio y la mas viva gratitud. Yo cobro cariño fácilmente : soy de naturaleza cariñoso: desde hace seis meses estamos, no solamente en relaciones de amistad, sino que tenemos relaciones de negocios; varias veces tengo que hacerle comunicaciones de parte del ministro del cual soy secretario.

STERNAY.

Cómo ! sois vos el secretario del ministro ?

JACOBO.

Sí, caballero.

STERNAY.

Os felicito. Le debeis esta posicion al marqués ?

JACOBO.

Un poco, caballero, y despues á un trabajo sobre la cuestion que se ajita en Oriente, la cual he estudiado mucho. El ministro lo leyó, deseó conocerme y el marqués me presentó, contándole él mismo mi historia, no nombrando mas que los que debian nombrarse ; el ministro se ha presentado muy induljente ; me propuso si queria ser su secretario , acepté, y creo que le soy útil.

STERNAY.

Teneis ideas mas juiciosas que el año anterior.

JACOBO.

Tengo las ideas de todo hombre que ha sufrido mucho, en poco tiempo. Por un momento he dudado de la vida y me he abandonado á la cólera y al odio. Era jóven, sin esperiencia, siéndome desconocidas las grandes emociones; pero he recobrado los sentimientos naturales y me he vuelto bueno como mi madre me ha-

bia enseñado. Hay gentes muy honradas en el mundo, y en el espacio de un año he encontrado mil simpatías que no conocia antes, las cuales me han aconsejado, sostenido y dado ánimo. Tengo muchos amigos, y además, que los acontecimientos mas tristes tienen á veces un buen resultado. A menudo sucede que un dolor inesperado, una injusta desgracia dan al hombre una enerjía y una constancia que no hubiera tenido en la felicidad, y se hace un hombre superior, el que habria sido vulgar, siendo siempre feliz. Yo no soy un hombre superior, pero empiezo á ser útil, y lo debo á los acontecimientos imprevistos del año último.

Por este motivo no me quejo de mí; casi tengo que daros gracias, aunque el bien que me habeis hecho haya sido casi á pesar vuestro: sirvo á mi patria segun mis fuerzas, sin ruido y sin ostentacion. Me agradaba la oscuridad, mi nacimiento ha hecho de ella casi un deber, y no siendo llevado por una voluntad mas fuerte que la mia, no saldré de ella. No tengo ambicion y comprendo que no puedo tener orgullo. Debo la vida á una falta y hacer un mérito de eso seria inescusable. No me ruborizo ni me alabo; no la oculto ni la declaro; la acepto como un hecho, y no creo á nadie con derecho de reprochármelo, ni á mí, ni á mi madre.

Sin embargo, como Dios es justo, me ha recompensado con el amor de vuestra sobrina. Ni vos ni vuestra madre quereis concedérmela, sea; en lugar de que la familia me dé mi mujer, me la dará la ley, la cual si me ha herido por un lado, me ha consolado por otro. Ya veis que no tengo derecho á quejarme de nadie; que he arreglado muy bien mi vida, y que me creo en el camino justo, sencillo y verdadero.

STERNAY.

Este muchacho es encantador...

ESCENA SESTA.

LOS MISMOS Y ENRIQUETA.

JACOBO.

Ved aqui á vuestra esposa; caballero, os dejo. (*A Enriqueta tendiéndola la mano.*) Adios, señora.

ENRIQUETA.

Partis, caballero?

JACOBO.

Vuelvo á Paris, para dejarlo esta noche.

ENRIQUETA.

Esta misma noche?

JACOBO.

Sí: he venido á despedirme del marqués, y no tendré mas que el tiempo justo de abrazar á mi madre. Permitidme que os dé aun una vez las gracias por la acogida que siempre me habeis hecho, y la simpatía que me habeis manifestado. (*Se va.*)

ESCENA SÉPTIMA.

ENRIQUETA Y STERNAY.

ENRIQUETA A STERNAY.

Y bien, el marqués me ha contado todo.

STERNAY.

Y qué os ha contado, querida mia?

ENRIQUETA.

Me ha contado que Jacobo Vignot es vuestro hijo.

STERNAY.

Entonces, querida mia, no puedo ocultarlo por mas tiempo.

ENRIQUETA.

Quisiera saber por qué me lo habeis ocultado.

STERNAY.

No sé cuando hubiera podido decíroslo.

ENRIQUETA.

Antes de nuestro enlace.

STERNAY.

Vuestra familia me hubiera rehusado vuestra mano, y...

ENRIQUETA.

Y qué?

STERNAY.

Y yo os amaba.

ENRIQUETA.

Sea. En todo caso, si no habiais tenido el valor de decírmelo antes de nuestro enlace, era necesario tener talento y decírmelo cuando ya no podia influir en nada.. hubiera cojido á ese niño y le habria educado al lado nuestro.

STERNAY.

Lo hubierais hecho así?

ENRIQUETA.

Por qué no?

STERNAY.

Pero la madre no hubiera dejado á su hijo.

ENRIQUETA.

Es verdad; en esos casos nunca se piensa en la ma-

dre. Pues bien, debiais haberos casado con ella... Mas hubiera valido á los ojos de todo el mundo.

STERNAY.

Enriqueta!

ENRIQUETA.

En fin, no se trata del pasado... Cuáles son vuestros proyectos ahora?

STERNAY.

Qué me aconsejais?

ENRIQUETA.

Os aconsejo hacer todo lo posible por salir de esa posicion ridícula, y casi vergonzosa en que estais colocado. Porque hace poco, en presencia de vuestro hijo, erais ridículo, y esta situacion se renovará cada vez que os encontreis.

STERNAY.

Yo no podia decir nada delante de mi madre, de vos, y sobre todo, de Herminia; porque creo que seréis de mi opinion; yo creo que ella debe ignorarlo todo.

ENRIQUETA.

Es evidente; pero es necesario encontrar un medio de casarla con vuestro hijo, puesto que se aman.

STERNAY.

Busquémosle; yo no me opongo.

ENRIQUETA.

Quién es la madre?

STERNAY.

Qué madre?

ENRIQUETA.

La madre de vuestro hijo, qué clase de mujer es?

STERNAY.

Es verdad, vos no la conoceis.

ENRIQUETA.

Dónde quereis que la haya conocido? Lo que veo, es cómo ha educado á su hijo, y juzgándola por eso, calculo que es una mujer honrada.

STERNAY.

Clara! es la mujer mas honrada del mundo.

ENRIQUETA.

Gracias. Y bien, entonces qué esperais?...

STERNAY.

Para qué?...

ENRIQUETA.

Para lanzaros al cuello de vuestro hijo, y darle vuestro nombre.

STERNAY.

Espero! espero... vos veis las cosas como toda mujer, con el corazon, pero yo las veo por la razon.

ENRIQUETA.

Entonces los papeles están cambiados; pero vuestra razon, vuestro egoismo os comprometen á reconocer á vuestro hijo y á darle vuestro nombre.

STERNAY.

Pensais así?

ENRIQUETA.

Si se llega á conseguir que seais un buen padre, seremos muy felices; pero en fin, probarémos... En primer lugar, es vuestro hijo, que es la mejor razon... despues no teneis hijos... en fin, conociendo su carácter, como lo conozco (porque en ese punto no se os parece), á la mayor edad de Herminia se casará con vuestra sobrina... despues de las prevenciones respetuosas.

STERNAY.

No lo dudo.

ENRIQUETA.

La historia hará ruido. Se traslucirá la verdad; se preguntará por qué no habeis reconocido á ese niño...se indagará su vida... y qué encontrarán? Un hombre honrado, inteligente, que se ha hecho su posicion solo; y dirán: el señor de Sternay ha hecho mal en no reconocer á un hijo que podia serle tan útil.

STERNAY.

Cómo! serme tan útil?

ENRIQUETA.

Supongamos que el Sr. Vignot llevase vuestro nombre; querido como lo es por el ministro, puede pedir lo que quiera para su padre.

STERNAY.

Es verdad.

ENRIQUETA.

Sois ambicioso, él os ayudará; habeis hecho vuestro deber y servís á vuestros intereses.

STERNAY.

Es perfectamente justo; y despues?

ENRIQUETA.

Despues, sabeis lo que os va á suceder sino os decidís pronto?

STERNAY.

Qué sucederá?

ENRIQUETA.

Sucederá,que otro reconocerá á vuestro hijo,haciendo lo que vos debiais de haber hecho.

STERNAY.

Otro reconocerá á mi hijo! y quién es ese otro?

ENRIQUETA.

El marqués.

STERNAY.

Mi tio!

ENRIQUETA.

El mismo.

STERNAY.

Vaya una broma!

ENRIQUETA.

No me chanceo; puesto que él no se chanceaba hace un momento cuando me daba parte de sus intenciones.

STERNAY.

Qué os ha dicho?

ENRIQUETA.

Que si no le hace falta á ese jóven para que se case con Herminia mas que un nombre, él le dará el suyo, y lo hará como lo dice.

STERNAY.

Es muy capaz... pero felizmente estoy yo aquí.... vos sois una buena muger, Enriqueta; y me habeis dado un buen consejo... Jacobo llevará mi nombre... donde está mi sombrero? (*Al marqués que sale*) ah! sois vos, tio mio?

ESCENA OCTAVA.

LOS MISMOS Y EL MARQUÈS.

EL MARQUÉS.

Te admiras de verme en mi casa?

STERNAY.

No, pero pensaba en otra cosa.

ENRIQUETA.

Ya no necesitais de mí?

STERNAY.

No; necesito hablar con mi tio: queréis ir á esperarme á Paris?... id á casa de mi madre... decidla... no, no la digais nada... solamente que espere un poco, antes de llevar á Herminia al convento.

ENRIQUETA.

Adios, tio mio.

EL MARQUÉS.

Hasta la vista, hija mia. (*Se va Enriqueta.*)

ESCENA NOVENA.

EL MARQUÉS Y STERNAY.

STÉRNAY.

Qué es lo que Enriqueta me ha dicho, querido tio? que quereis reconocer á mi hijo?

EL MARQUÉS.

Sí; es una idea que me ha venido cuando le abracé hace un momento; he conocido que queria yo á este niño; y bien mirado, es de la familia, puesto que es tu hijo. Me ha parecido que era el medio de arreglarlo todo. Yo no tengo los motivos que tú y venia á consultarte.

STERNAY.

Os doy mil gracias, tio mio, pero vuestra idea es inútil.

EL MARQUÉS.

Y por qué?

STERNAY.

Porque soy yo quien va á reconocer á Jacobo.

EL MARQUÉS.

Y estás seguro de poderlo hacer?

STERNAY.

Cómo si lo puedo? no podeis vos?

EL MARQUÉS.

Perfectamente.

STERNAY.

Pues bien, entonces...

EL MARQUÉS.

No es lo mismo.

STERNAY.

No; no es lo mismo, porque yo soy su padre.

EL MARQUÉS.

Vaya una razon!

STERNAY.

Lo creéis así?

EL MARQUÉS.

Tú ya no lo eres; hay prescripcion.

STERNAY.

Una palabra muy linda; pero quereis disputármelo?

EL MARQUÉS.

Y por qué no?

STERNAY.

Qué, quereis reconocer á mi hijo mejor que yo?

EL MARQUÉS.

Justamente; tú tienes veinticinco años menos que yo, es necesario aprovecharse de eso. Encuentro á un jóven á quien quiero mucho y que me quiere, que tiene necesidad de un nombre, y á quien nadie reclama. Yo casualmente tengo un nombre del cual no sé qué hacer, y la prueba es que tú has venido á pedírmelo y que yo te lo he negado; ya no me quedan muchos años que vivir, y no sé porqué privarme del tono de tener un hijo para mis últimos años. Será un amor filial vitalicio; si el niño estuviera por nacer, no digo, pero puesto que está criado...

STERNAY.

Es una paradoja encantadora; pero yo estoy aquí y la ley tambien.

EL MARQUÉS.

La ley?

STERNAY.

Sí, la ley, el código.

EL MARQUÉS.

Pero la ley me proteje, amigo mio.

STERNAY.

Será curioso de ver eso.

EL MARQUÉS *viendo salir á Arístides.*

Quieres verlo ahora mismo?

STERNAY.

Sí.

ESCENA DÉCIMA.

LOS MISMOS Y ARISTIDES.

EL MARQUÉS.

Hé aquí justamente mi notario, él conoce la ley, te respondo de ello. Entrad, mi querido señor Fressard, tenemos necesidad de vos para un caso de derecho.

STERNAY.

Fressard!

EL MARQUÉS *presentando.*

Mi sobrino, el señor de Sternay, mi notario, el señor Arístides Fressard.

ARÍSTIDES.

De qué se trata? (*Al marqués.*) Aquí teneis vuestro contrato, señor marqués, ya está en regla.

EL MARQUÉS.

Gracias.

STERNAY.

No me habeis conocido, señor Fressard?

ARÍSTIDES.

Efectivamente, me parece haber tenido ya el honor de veros.

STERNAY.

Ya hace tiempo, en casa de...

ARÍSTIDES.

En casa de la madre de mi ahijado. Y cómo vais desde hace veinte años?

STERNAY.

Muy bien, gracias; y vos?

ARÍSTIDES.

Ya lo veis, vamos pasando.

STERNAY.

Y bien! caballero, no os podeis figurar cuán feliz soy de encontraros en estas circunstancias; conoceis mejor que nadie los pormenores de los cuales seria necesario enterar á mi notario, y creo que estaréis pronto á hacerme el servicio que voy á pediros.

ARÍSTIDES.

Soy notario; mi profesion es para hacer servicios. De qué se trata?

STERNAY.

Quereis hablar, tio mio?

EL MARQUÉS.

No, no; habla tú primero, tú hablas bien, porque sino dirias que yo influia.

STERNAY *á Fressard.*

Se trata de mi hijo.

ARÍSTIDES.

Teneis un hijo?

STERNAY.

Ya lo sabeis, Jacobo.

ARÍSTIDES.

Ah! Jacobo es vuestro hijo; y desde cuándo? porque el año último no lo era.

STERNAY.

Ahora lo es.

ARÍSTIDES.

Para mucho tiempo?

STERNAY.

Para siempre.

ARÍSTIDES

Le habeis reconocido?

STERNAY.

No, pero deseo reconocerle, es posible?

ARÍSTIDES.

Sí, sí; siempre se puede reconocer un niño.

STERNAY.

Ya lo veis, tio mio.

EL MARQUÉS.

Continúa, continúa.

STERNAY.

Qué formalidades hay que llenar?

ARÍSTIDES.

Es necesario reconocer al niño, por medio de un papel auténtico, en el juzgado y ante un notario.

STERNAY.

El notario seréis vos, si gustais.

ARÍSTIDES.

Estoy á vuestras órdenes.

STERNAY.

Y nada mas?

ARÍSTIDES.

Nada mas.

STERNAY.

Ya lo veis, tio mio, es muy sencillo.

EL MARQUÉS.

Ahora me toca á mí, mi querido señor Fressard;quiero reconocer al hijo de mi sobrino.

ARÍSTIDES.

Podeis hacerlo.

EL MARQUÉS.

Hay que llenar las mismas formalidades?

ARÍSTIDES.

Las mismas.

EL MARQUÉS.

Cuento con vos.

ARÍSTIDES.

Estoy á vuestro servicio.

EL MARQUÉS.

Ves?...

STERNAY.

Haré observar al señor Fressard, que se trata de cosas sérias, y como amigo de Jacobo y de su madre, deberá hablar formalmente y defender sus intereses.

ARÍSTIDES.

Dispensadme, caballero; no se ha tratado sino de un punto de derecho, y he respondido categóricamente cohubiera respondido la ley misma, es mi deber de notario; ahora quereis consultarme sobre los intereses de mi ahijado y los defenderé lo mejor que pueda, es mi deber como amigo; tendré dos lados para seros agradable (*se toca el hombro derecho*) lado de amigo: (*se toca el hombro izquierdo*) lado de notario. Estoy pronto, caballero, queréis que pregunte, ó que responda? no soy mas que una máquina, os prevengo.

STERNAY.

Servios plantear las cuestiones...

ARISTIDES.

Son ustedes dos personas que quieren reconocer el mismo niño; caso bastante raro; (*á Sternay*) empezaré por vos, caballero, queréis reconocer al niño?

STERNAY.

Sí.

ARISTIDES.

Teneis otros hijos?

STERNAY.

No.

ARISTIDES.

Queréis mejor lejitimarle que reconocerle?

STERNAY.

Cómo?...

ARÍSTIDES.

Casándoos con la madre.

STERNAY.

Soy casado.

ARÍSTIDES.

Teneis otra muger?

STERNAY.

Sí.

ARÍSTIDES.

Entonces no podeis sino reconocerle (*al marqués*) queréis reconocer al niño?

EL MARQUÉS.

Sí.

ARÍSTIDES.

Sois casado?

EL MARQUÉS.

No.

ARÍSTIDES.

Podriais casaros con la madre y legitimar el niño?

EL MARQUÉS.

Sí.

ARISTIDES.

Hasta ahora, el interés del niño está de este lado, (*á Sternay*) el reconocimiento puede ser contestado por todos aquellos que tienen interés. Vuestra muger consiente en el reconocimiento?

STERNAY.

No...

ARÍSTIDES.

Teneis mas parientes?

STERNAY.

Tengo mi madre.

ARÍSTIDES.

Consentirá? responded.

STERNAY.

No.

ARÍSTIDES.

Pleitearéis contra ella?

STERNAY.

Pleitearé.

ARÍSTIDES.

El jóven consentirá en dejar arrastrar el nombre de su madre ante un tribunal, para tener un nombre que no ha pedido? No lo sabeis. El niño no está aqui: yo, su amigo, respondo por él. No! (*al marqués*) tenéis una madre, un padre, un hijo natural legítimo ó legitimado, una esposa que pueda oponerse al reconocimiento?

EL MARQUÉS.

No.

ARÍSTIDES.

Entonces podeis reconocer ó legitimar, como gusteis; el señor no puede: el interés del niño está de vuestro lado.

STERNAY.

Entonces le adoptaré.

ARÍSTIDES.

Sea. Teneis hijos legítimos?

STERNAY.

No.

ARÍSTIDES.

Vuestra esposa consiente en la adopcion?

STERNAY.

Sí.

ARÍSTIDES.

Teneis cincuenta años pasados?

STERNAY.

Sí.

ARÍSTIDES.

Podeis probar que habeis surtido al adoptivo durante su menor edad, por lo menos durante seis años, de todo lo que le ha sido necesario?

STERNAY.

Pero...

ARISTIDES.

Podeis probarlo?

STERNAY.

No.

ARISTIDES.

La adopcion es imposible.

STERNAY.

Entonces un padre no puede reconocer á su hijo?

ARISTIDES.

Sí, caballero, el dia en que nace.

EL MARQUÉS.

Lo que es mucho mas sencillo.

ARISTIDES.

Hay aun otra cosa mas sencilla, señor marqués, y es el no tener hijos, sino de lejítimo matrimonio; porque ya lo veis, la ley, no estando uno casado, le permite hacer hijos, pero no le permite tenerlos.

STERNAY.

Una ley bien singular, que dá mas facilidad á un estranjero para reconocer á un niño, que al mismo padre.

ARISTIDES.

La ley tiene razon, caballero, un padre que quiere dar

su nombre á su hijo al cabo de veinte años, casi repara una mala accion, mientras que un estranjero, que da su nombre á un niño sin padre, hace una buena. No hay nadie que mejore la postura? adjudicado el niño al marqués.

EL MARQUÉS.

Y bien?

STERNAY, *despues de un momento de silencio.*

Teneis razon, tio mio; y si hay un medio de que Jacobo tenga mi nombre, está en vuestra mano.

EL MARQUÉS.

Has encontrado el medio?

STERNAY.

Sí.

EL MARQUÉS.

Veámosle.

STERNAY.

Y creo que el señor de Fressard no pondrá oposicion; es un medio que conciliaria todo segun el deseo de cada uno.

ARISTIDES.

Conciliacion entonces; lado amigo...

EL MARQUÉS.

Habla.

STERNAY.

El solo obstáculo para reconocerle, por mi parte, es mi madre.

EL MARQUÉS.

Sí.

ARISTIDES.

Sí.

STERNAY.

Pues bien, tio mio, podeis obtener ese consentimiento.

EL MARQUÉS.

Cómo?

STERNAY.

Adoptadme como ella lo desea, con la condicion de que ella me deje reconocer á Jacobo.

ARISTIDES.

Hazme tú la barba y haréte yo el copete.

EL MARQUÉS.

Veis en eso tambien un obstáculo?

ARISTIDES.

Como amigo ó como notario?

STERNAY.

Como notario.

ARISTIDES.

No.

EL MARQUÉS.

Bribonzuelo! al cabo lograrás lo que te propones.

STERNAY.

Es por Jacobo.

EL MARQUÉS.

Consiento á causa de tu mujer que merece ser condesa. (*A Arístides.*) A todo pecado misericordia! tal vez amará á su hijo.

ARISTIDES, *con aire de duda.*

Tal vez.

STERNAY.

No perdamos tiempo; quiero ver á Jacobo antes que parta; á qué hora parte?

ARISTIDES.

A las siete y media.

STERNAY.

Son las siete, corramos. Es mas conveniente que antes de partir para esa mision, Jacobo lleve el nombre de su padre.

ARISTIDES.

Ah! Ah! Ya tengo el hilo, marchemos

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO.

—

Casa de Clara.—Salon sencillo y elegante.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA Y CLARA.

LA MARQUESA.

Adios, querida. Esperais hoy á vuestro hijo, y os dejo para que os encuentre sola.

CLARA.

Qué reconocida estoy á esta nueva visita, señora marquesa. No sé cómo daros gracias.

LA MARQUESA.

Ya hace tiempo que nos habriamos visto, si hubiera sabido mas pronto lo que sé hoy. Mi hijo ha sido el mas culpable; si antes me hubiera dicho lo que me ha dicho hace un mes, habria sido la primera en enseñarle lo que debia de hacer, si él no lo sabia. Ahora que sois feliz, es necesario perdonarle; todo se va á arreglar, si como espero, nuestros pactos continúan siendo de vuestro gusto.

CLARA.

Siempre.

LA MARQUESA.

Debemos olvidar lo pasado unos y otros, y no ocuparnos mas que del porvenir de ese muchacho, á quien todos vamos á querer de tal manera que haga reparar nuestras faltas. Todo el mundo ha cometido errores, po consiguiente se necesita que cada uno ponga de su parte:

tal vez tendremos que pediros una pequeña concesion; pero ya hablarémos de eso mas tarde. No se necesita aguar el júbilo de su vuelta. Vamos, adios, ó mas bien, hasta la vista, porque me veréis hoy para regularizar las actas. Él no está al corriente de lo que se ha tratado durante su ausencia?

CLARA.

No; fué una media hora despues que él habia partido, cuando el señor de Sternay vino á darme esta buena noticia.

LA MARQUESA.

Me acuerdo muy bien, pues no queria correr en busca de su hijo! Nada podia detenerle: estas gentes indecisas son las peores; el dia en que se deciden á querer, quieren mas que otros.

CLARA.

Y además, tenia que llenar el pasado.

LA MARQUESA.

Es encantadora; pero sin embargo no partió.

CLARA.

La mision de Jacobo era secreta; no habia dicho á nadie, ni aun á mí, adónde iba; ofrecí al señor de Sternay, que cuando recibiese una carta de Jacobo, y diciéndome donde habia de contestarle, le haria saber las disposiciones de su padre; pero el señor de Sternay ha preferido guardar esta buena noticia para su vuelta.

LA MARQUESA.

Y creeis que le será agradable esta sorpresa?

CLARA.

Estoy segura.

LA MARQUESA.

Pobre niño, qué deseos tengo de verle!

CLARA.

Y la señorita Herminia?

LA MARQUESA.

Todavía no sabe nada de lo que pasa, sabe solamente que se consiente en su enlace.

CLARA.

Cuán buena sois, y cuánto deseo abrazar á esa jóven! Cuándo podré verla?

LA MARQUESA.

Despues vendrá conmigo.

CLARA.

De veras?

LA MARQUESA.

No sois la madre del hombre á quien ama y á quien quiere mucho? Pero lo merece, porque yo ya le quiero desde que os conozco: estáis contenta de nosotros?

CLARA.

Me lo preguntais?

LA MARQUESA.

Hasta luego, querida, hasta luego. (*Besa á Clara en la frente; al besar á Clara aparece Arístides.*)

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS Y ARÍSTIDES.

ARÍSTIDES *á parte.*

Esto va cada vez mejor.

LA MARQUESA.

Ah! sois vos, mi apreciable señor Fressard; tengo mucho gusto en veros: nuestros contratos están prontos?

ARISTIDES.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Entonces, hasta luego. (*Saluda y se va.*)

ESCENA TERCERA.

ARÍSTIDES Y CLARA.

ARÍSTIDES *mira alejarse á la marquesa.*

Con que no sale de aquí!

CLARA.

Es la cuarta vez que viene.

ARISTIDES.

Le has devuelto las visitas?

CLARA.

He querido, pero se ha opuesto: no quiere que me moleste.

ARISTIDES.

No quiere que te vean en su casa, eso es; crees tú en esas amistades?

CLARA.

Qué interés tiene en adularme? yo no puedo hacer nada por ella!

ARÍSTIDES.

Puedes impedir que tu hijo éntre en su combinacion?

CLARA.

Me guardaré bien.

ARÍSTIDES.

Entonces quiere decir que estás contenta?

CLARA.

Tengo motivos para estarlo: no he tenido mas que un sueño, una ambicion toda mi vida, y ha sido que Jacobo llevase el nombre de su padre : lo he conseguido; si muero mañana, moriré feliz.

ARISTIDES.

Y tú les haces un gran servicio.

CLARA.

Por qué ?

ARISTIDES.

Tengo mi idea : no creo que a la edad de la marquesa se desmientan en veinticuatro horas las teorías, las costumbres y las preocupaciones de toda la vida, sin una razon de interés y de interés poderoso. Te adula, y no hay mas : no es mujer que se pueda hacer sensible de repente : quien de jóven no ha tenido corazon, no lo tiene jamás. El corazon no es fruto de invierno, que nace entre la nieve.

CLARA.

Qué piensas tú?

ARÍSTIDES.

Y la señora de Sternay ha venido á verte?

CLARA.

No, está en el campo, en casa de su madre, ó al lado de su padre enfermo; una cosa así : es un pretesto.

ARISTIDES.

Probablemente; pero á lo menos no es hipocresía. Ella no sabria hacer lo que hace la marquesa, abrazarte

y echarse á tu cuello. Espera que las circunstancias os reunan y tiene razon, y yo la tengo por buena mujer; pero y el padre, y la marquesa, si yo fuera que Jacobo...

CLARA.

Te ruego que no le des malos consejos.

ARISTIDES.

Puedes estar tranquila; seria la primera vez. Me he propuesto no decir nada; pero no puedes impedirme que vea y juzgue los hechos, los simples hechos. El señor de Sternay ha estado veinticinco años sin reconocer á su hijo; al cabo de ese tiempo consiente en reconocerle. Por qué? Porque su hijo está en posicion de hacerle honor, y porque gana el título de su tio. La marquesa su madre que quiso hacerte echar de su casa cuando fuistes á reclamar contra el abandono de tu hijo, hoy reconoce á Jacobo por su nieto: desde cuándo? desde que su hermano consiente en dar á su hijo su título y su fortuna, que es de seiscientos ó setecientos mil francos. Viene en cuatro dias cuatro veces: ¿por qué no ha venido antes? Porque no sabia lo que ha sabido hace pocos dias, y es que Jacobo ha partido para llenar una mision importante; que todos los periódicos hablan de él... que puede dar honor á su familia... que va á la córte, y que por medio de su influencia se conseguirá lo que se quiera. La marquesa quiere tal vez á su hijo... Sternay quiere tal vez á su madre... pero ella te quiere á tí? pero Sternay ama á su hijo? No... no, mil veces no; es el orgullo, el cálculo, es la ambicion, todo lo que se quiera, menos el amor paternal... Yo los conozco... sé lo que es ser padre... yo lo soy y bastante á menudo... no me pueden engañar; he dicho.

CLARA.

Y no es interesante para Jacobo, que su posicion social se regularice, y que la familia de su padre le admita como hijo legítimo?

ARISTIDES.

Es evidente.

CLARA.

Entonces, amigo mio... sea la que quiera la razon que les ha hecho obrar así, ganámos demasiado en el resultado para discutir las causas.

ARISTIDES.

Y crees que esas gentes te van á recibir como si fueras de los suyos?

CLARA.

La marquesa lo acaba de decir.

ARISTIDES.

Pues bien, dentro de un mes hablarémos.

ESCENA CUARTA.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS.

EL MARQUÉS, *saliendo.*

Ha llegado? (*Da la mano á Clara.*)

CLARA.

Todavía no.

EL MARQUÉS.

Buenos dias, querido señor Fressard; ya no puede tardar, el ministro le esperaba esta mañana á las diez.

CLARA.

Habeis visto al ministro?

EL MARQUÉS.

Está encantado de Jacobo.

CLARA.

Qué ha hecho?

EL MARQUÉS.

Cosas soberbias á lo que parece; pero dejémosle el placer de contároslas él mismo.

ARISTIDES.

Y habeis visto al señor de Sternay?

EL MARQUÉS.

Le veo de cuando en cuando... corre, vuelve... va á casa de uno, de otro. Mi hijo por aquí, mi hijo por allá... Teneis un hijo? Sí, cómo, no lo sabiais? un muchacho ya grande... por mas que hago para que se calle... nada está aun concluido.

CLARA.

Volveis aun sobre vuestra decision?

EL MARQUÉS.

No, señora.... lejos de eso; lo que yo he hecho por conciliarlo todo, quisiera que Jacobo lo aceptase; me seria muy grato... pero...

CLARA.

Pero...

EL MARQUÉS.

Pero él es el juez en la cuestion... y mi opinion es que nos honra demasiado con entrar en nuestra familia, para que no esperemos que entre voluntariamente.

ARISTIDES *á Clara.*

Qué os decia yo? (*Al marqués.*) Eso se llama hablar de corazon, señor marqués.

ESCENA QUINTA.

LOS MISMOS Y STERNAY.

(*Sternay al salir corre á Clara cogiéndola las manos: Aristides se sienta, ocultándose en una butaca al lado de una chimenea.*)

STERNAY.

Ah, querida Clara!... dónde está?...

CLARA.

Pues qué ha llegado?

STERNAY.

Sí.

CLARA.

Le habeis visto?

STERNAY.

No... creía que estaba aquí; el portero del ministro me acaba de decir que le habia visto, y que se habia vuelto á marchar. Tal vez habrá ido á ver á Herminia á casa de la marquesa.

CLARA.

Oh! no, vendrá aquí primero.

STERNAY.

Creeis eso?

CLARA.

Estoy segura.

ARÍSTIDES.

No faltaria mas sino que fuese á otra parte antes de venir á ver á su madre.

EL MARQUÉS.

El ugier te ha dicho eso para librarse de ti : como no te conoce !

STERNAY.

Cómo que no me conoce! bien sabe que soy el padre de Jacobo.

EL MARQUES.

Se lo has dicho hasta al portero?

STERNAY.

La primera vez que pedí una audiencia al ministro.

EL MARQUÉS.

Has visto al ministro ?

STERNAY.

Naturalmente , para tener noticias de Jacobo, puesto que no sabia adonde escribirle.

EL MARQUÉS.

Entonces el ministro sabe...

STERNAY.

Lo sabe todo ; me ha puesto al corriente de la mision de Jacobo, cuando ya no era un secreto, y me ha comunicado los despachos de mi hijo.

CLARA, *sonriéndose.*

De nuestro hijo !

STERNAY.

Sí, querida amiga, sí; es maravilloso, listo, inteligente y hábil. He visto las cartas de nuestro embajador, y del mismo sultan... traducidas, bien entendido, en las cuales reconocen simplemente..... que Jacobo los ha salvado.

CLARA.

Qué ha hecho?

STERNAY.

No os ha escrito?

CLARA.

No, ese secreto no le pertenecia.

STERNAY.

Entónces no sabeis nada?

CLARA.

Nada.

STERNAY.

Pero si Jacobo acaba de salvar á la Europa.

CLARA..

Mi hijo!...

STERNAY.

Nuestro hijo, querida amiga... pues sí, Ibrahim-Bajá iba á atravesar el Taurus, y una vez atravesado, era una guerra europea.

Era la Inglaterra contra la Rusia, era la Francia, obligada á tomar parte, era el Austria... ciertamente la posicion de la Francia... pero el comercio, los intereses.

ARÍSTIDES.

Charla.. charla...

CLARA.

Y es Jacobo?...

STERNAY.

Ha sido Jacobo el que en el momento en el cual las cuatro potencias no sabian qué hacer, él tuvo una idea y se la comunicó al ministro.

CLARA.

Y esta idea era...

STERNAY.

Esta idea sin duda era buena.

CLARA.

No la sabeis?

STERNAY.

No.

ARISTIDES, *aparte.*

Como que el ministro va á contarle sus negocios.

STERNAY.

Pero lo que hay de cierto es, que desde que Jacobo vió á Mehemet-Alí...

ARÍSTIDES.

Creí que era Ibrahim.

STERNAY.

Mehemet es el padre, Ibrahim es el hijo.

ARÍSTIDES.

Y padre é hijo son lo mismo.

STERNAY.

Ah! sois vos, mi querido Fressard! no sabia quien me hablaba; no reconocia ni aun la voz de mi tio...

ARISTIDES.

Pero respondiais, sin embargo de eso, llevado por el amor paternal; por lo demas, estais bueno?

STERNAY.

Y vos?

ARÍSTIDES.

Perfectamente! con que deciais?... hablábais del Taurus...

STERNAY.

Pues bien... decia que se trataba de obtener de Mehemet-Alí que Ibrahim no atravesase el Taurus; era una negociacion muy difícil, todo el mundo habia salido mal... Jacobo partió, yo no sé lo que le ha dicho á Mehemet-Alí, pero lo cierto es, que Ibraim ha depuesto las armas, y que la paz está hecha. Y repito que la paz concluida en Oriente, es la paz para el mundo entero, es adelantar la civilizacion cincuenta años tal vez... porque calculad...

ARISTIDES, *aparte.*

Se ejercita para las càmaras.

CLARA *al Marqués.*

Creeis que todo esto sea verdad, señor marqués?

EL MARQUÉS.

Yo no sé si vuestro hijo habrá hecho todo lo que dice Sternay, pero sin ninguna duda ha hecho un gran servicio á su pais. Se puede esperar todo de un hombre de corazon, á quien la desgracia le ha dado valor y ambicion. Esto prueba que no se debe apreciar al hombre mas que por sus obras, sea el que sea su orígen. Quién sabe si ese muchacho del pueblo que corre con los piés desnudos por la calle, con los pilluelos de su edad, no añadirá mañana ú otro dia un descubrimiento al catálogo de la humanidad? y si tal vez ese pequeño sér á

quien su madre hace inscribir entre los niños sin nombre, no lleva en su cerebro el destino de un pueblo? Dios está en todas partes, dejémosle obrar y juzguémosle cuando haya concluido.

La otra noche se hablaba en una reunion de Jacobo, y no sé quién decia en voz baja: «Parece que es un hijo natural, á quien su padre no ha querido reconocer.»— «Tanto peor para su padre, contestó el Embajador de Inglaterra que estaba presente. Cuando uno es hijo de sus obras, es la mejor familia que se puede tener, y el nombre que se debe á sí mismo, vale mas que el que se recibe...»

ARISTIDES.

Muy bien: qué pensais de esto, señor de Sternay? No digo que no sea muy bonito, bajo el punto de vista político, pero no bajo el punto moral y social, y la prueba es que Jacobo, cuando le preguntó el ministro qué deseaba, le contestó que queria un consulado en Egipto, el que puede aspirar á todo ahora, á una embajada, á la cámara, á lo que quiera, por qué ha pedido tan poco? porque como él mismo me ha dicho, su nacimiento le condena á la oscuridad. Aclaremos su nacimiento, y le abrirémos su carrera.

ARISTIDES *aparte.*

Ahora tiene miedo de que su hijo no le reconozca.

STERNAY *á Clara.*

Habeis visto á mi madre?

CLARA.

Sí.

STERNAY.

Estais contenta de ella?

CLARA.

Parece muy buena para mí.

STERNAY.

Os adora, es buena mujer despues que se la conoce Enriqueta me ha encargado que os presente sus escusas.

CLARA.

Pero creo que está con su padre enfermo?

STERNAY.

Sí.

CLARA.

Además, Arístides me ha dado á entender que en los primeros momentos, nuestra posicion, frente á frente una de otra, seria incómoda para las dos, y que era preferible esperar.

STERNAY.

Teneis las ideas mas razonables del mundo. Siempre os ha distinguido el buen discernimiento. Ah! es estraño que nos encontremos de esta manera! Buena Clara! mi madre no os ha dicho mas?

CLARA.

No, tenia algo que decirme?

STERNAY.

No, nada.

ARISTIDES, *aparte mirando á Sternay.*

Es necesario que sepa tu último pensamiento.

STERNAY *á Arístides.*

Y vos, mi buen señor Fressard, seguís enfadado conmigo?

ARISTIDES.

Yo amaba á Jacobo; por consiguiente me ponia de su parte.

STERNAY.

Era natural. No habeis traido á vuestra esposa; esto no está bien. Hubiéramos deseado conocerla; mi madre me hablaba ayer de ella.

ARISTIDES.

Victoria es muy tímida. Os estoy muy agradecido de la manera como me tratais.

STERNAY.

Vos sois casi de la familia.

ARISTIDES.

El casi me es suficiente.

STERNAY.

Veamos, el tiempo pasa; Jacobo va á llegar; convengamos en lo que vamos á hacer. En primer lugar va á ver al ministro, es su deber; en seguida, quiere abrazar á su madre, es muy justo; en el momento firmamos los contratos, es una cosa hecha. Despues para descansar, partimos mi madre, Herminia, él y yo para la Turena, donde tengo una tierra que le doy al firmar el contrato. Allá se casará...

CLARA.

Y yo, querido señor Sternay, qué haceis de mí en todo esto?

STERNAY.

Vendreis con nosotros, es evidente. No os lo habia dicho?

CLARA.

No.

STERNAY.

Es un olvido.

ARISTIDES.

Decidme, mi querido señor de Sternay... permitis...

STERNAY.

Cómo...

ARISTIDES.

Hay una cosa, en la cual he pensado hace algun tiempo, y la conducta natural de vuestra esposa, con respecto á Clara, y la reflexion que Clara acaba de hacer, me deciden á hablaros de ello: esto es, entre nosotros, no es verdad?

STERNAY.

Ciertamente.

ARISTIDES.

No créeis que la posicion de Clara va á ser muy falsa en vuestra casa?

STERNAY.

A quién se lo decís?

ARISTIDES.

Y no pensais que si despues del servicio que Jacobo ha hecho á su pais, sé ha contentado con pedir tan poco, es por...

STERNAY.

Es por causa de su madre. Estoy seguro, el pobre muchacho ha comprendido...

ARISTIDES.

Nos entendemos.

STERNAY.

Creia que mi madre habia dicho algunas palabras á Clara,

ARISTIDES.

Ha querido estar bien con ella... es talento y delicadeza... pero quereis que sondee el terreno?

STERNAY.

Y pensais conseguir...

ARISTIDES.

Clara, no habia ofrecido otras veces vivir retirada, con tal que su hijo se casase con vuestra sobrina?

STERNAY.

Sí, pero despues su hijo se ha dado á conocer, ella está orgullosa de ser su madre, y querrá decirselo á todo el mundo.

ARISTIDES.

No es orgullosa, le ama, y se puede obtener todo de ese amor.

STERNAY.

Mi madre queria dejar hacer el enlace antes de todo, y despues...

ARISTIDES.

Si se debe tomar un partido, vale mas tomarlo inmediatamente... De todas maneras, en los contratos he dejado el nombre de la madre en blanco.

STERNAY.

En el contrato no importa.

ARISTIDES.

Sin embargo, á causa de vuestra posicion, es inútil decir que ha sido costurera. Jacobo es hijo vuestro; vuestro nombre cubre todo. Su madre ha sido una obrera, ó una gran dama? No importa nada.

STERNAY.

Yo habia encontrado un medio... que á los ojos del mundo pasase por una de sus parientas, hermana de su madre, por ejemplo. Este nombre de madre al lado de mi mujer, es muy difícil. Que vaya á viajar durante un año.

ARISTIDES.

O dos.

STERNAY.

O dos, con una de sus amigas, ó que vaya á vivir con vuestra esposa al campo. Pero qué la dirémos á Herminia? cómo la esplicarémos... vos que sois tan bueno, mi querido señor Fressard, arreglad este negocio.

ARISTIDES.

Contad conmigo, Clara no aparecerá, ni aun en el contrato.

STERNAY.

Pero qué decirle á Jacobo? él la quiere!

ARISTIDES.

Ella encontrará un motivo.

STERNAY.

Finalmente, es una buena mujer... qué desgracia!... qué desgracia!... En fin, puedo contar con vos?

ARISTIDES.

Contad conmigo! Solamente id á prevenir á vuestra señora madre, para que no diga nada. Vale mas que sea un antiguo amigo quien se lo aconseje.

STERNAY.

Teneis razon, si alguna vez teneis necesidad de mí...

ARISTIDES.

No se puede saber: cuando pertenezcais á las cámaras .. Soy alcalde corregidor de mi distrito desde hace siete años...

STERNAY.

Una cintita encarnada no os iria mal: (*con aire protector*) veremos (*al marqués*). Venís, tio mio?

EL MARQUÉS.

Adónde vas?

STERNAY.

Venid, tengo que hablar con vos (*aparte*). Dejemos al señor Fressard con la señora de Vignot, porque tiene que hablarla.

ARISTIDES *á Sternay.*

Voy á bajar con vos; si le hablase al momento de lo que hemos convenido, veria que era cosa concertada entre nosotros (*en alta voz*). Caballeros, yo bajo tambien, tengo que ir á buscar unos papeles (*á Clara alto*), á menos que no quieras ir á buscar á Jacobo. No hay mas que un camino del ministerio aquí.

CLARA.

No, me ha escrito que le espere en casa, y le espero.

STERNAY.

Hasta la vista, querida...

CLARA .

Hasta la vista.

STERNAY.

Si Jacobo llega, que nos espere.

ARISTIDES *á Clara.*

Hay algo de nuevo.

CLARA.

Qué?

ARISTIDES.

Vuelvo pronto.

EL MARQUÉS.

Hasta la vista, mi querida señora.

CLARA.

Hasta la vista, señor marqués. (*Se van. Durante este tiempo Jocobo abre la puerta de la izquierda.*)

ESCENA SESTA.

JACOBO Y CLARA.

JACOBO *á media voz.*

Mamá.

CLARA *volviéndose.*

Jacobo! (*Se echan en brazos el uno del otro.*)

JACOBO.

Habla bajo! no quiero que nos oigan! estaba allí y esperaba á que se marchasen, queria verte sola... Los quiero, pero te quiero á tí mas, y quiero abrazarte á mi gusto.

CLARA.

Debes estar muy fatigado!

JACOBO.

No. Hay vueltas que hacen descansar de un viaje al momento.

CLARA, *tocando en los ojales de Jacobo.*

Qué es lo que tienes ahí.

JACOBO.

Son cintas. Hay de todos los paises y de todos los colores.

CLARA.

Hijo mio, con que es verdad?

JACOBO.

Qué?

CLARA.

Lo que decia tu padre?

JACOBO.

Cómo mi padre?... Cuándo?

CLARA

Hace un momento.

JACOBO.

Estaba aquí?

CLARA.

Sí.

JACOBO.

No he conocido su voz; cómo se encontraba en esta casa?

CLARA.

Desde tu partida han pasado muchas cosas; ya te las contaré... Sí, tu padre decia que acabas de salvar á la Europa.

JACOBO.

Y lo has creido?

CLATA.

Estoy pronta á creerlo todo.

JACOBO.

Yo no he salvado nada, he llenado la mision que me habian confiado, con inteligencia, nada mas.

CLARA.

Pero todos los periódicos hablan de tí.

JACOBO.

Te agrada eso?

CLARA.

Sí.

JACOBO.

Entonces te diré que tienen razon.

CLARA.

Todos los dias venian á saber noticias tuyas; aquí hay tarjetas y cartas de los mas altos personages: el ministro me ha escrito dos renglones encantadores. Sé modesto con todo el mundo, pero conmigo es inútil, y sobre todo, abrázame una vez mas. (*Se abrazan.*)

JACOBO.

Querida madre!

CLARA.

Vamos, dímelo todo.

JACOBO.

Pues bien, creo que sin exagerar he sido un poco diestro. En Francia siempre es lo mismo; se sube hasta

las nubes una cosa nueva, prontos á dejarla caer para correr á otra. Aprovechémonos de la situacion, mi querida madre; pero no nos trastornemos la cabeza, y demos gracias á los acontecimientos que nos han ayudado. He llevado bien mi barca, pero la corriente me ayudaba; por eso cuando el ministro me ha dado á escoger lo que quisiera, he pedido un simple consulado, donde vivirémos tranquilos, hasta que la ocasion se presente de nuevo para ser un héroe.

CLARA.

Tienes razon; y me llevarás?

JACOBO.

Podria yo pasarme sin tí?

CLARA.

De veras?

JACOBO.

Puedes dudarlo?

CLARA.

Cuán feliz soy! cuán orgullosa! porque soy tu madre, no se puede decir mas. Pensabas en mí allá?

JACOBO.

Te he escrito puntualmente.

CLARA.

Y te doy las gracias; pero has pensado algunas veces que debia yo estar mas orgullosa que otra madre? porque tú eres mi todo, Jacobo; yo no tengo ni padre, ni marido. Tú eres mi pasado, mi presente, mi porvenir. Eres la sola razon que tengo para estar en el mundo: si tú murieras, moriria.

JACOBO.

Qué tienes, mi querida madre? por qué tienes esos

tristes pensamientos, en el momento mas feliz de mi vida?

CLARA.

Siempre en los momentos mas felices se tienen pensamientos tristes, como para advertirnos que la felicidad no ha existido siempre, y que no siempre existirá, y además...

JACOBO.

Y además... qué?... qué hay?...

CLARA.

Hay... que tu padre consiente en reconocerte: un cuarto de hora despues de tu partida vino aquí con este objeto.

JACOBO.

Qué dices?

CLARA.

La verdad... si no te lo he escrito, es porque tu padre ha querido hacerte una sorpresa.

JACOBO.

Efectivamente, y qué sorpresa..... pero y la marquesa?

CLARA.

La marquesa acepta, la señora de Sternay tambien, todos están de acuerdo. El marqués ha estado encantador, adopta á su sobrino, le concede su título, para que la marquesa consienta en que su hijo te reconozca.

JACOBO.

Cuánta complicacion, Dios mio!

CLARA.

Qué importa, hijo mio, con tal que...

JACOBO.

Con tal qué?

CLARA.

Con tal que seas feliz... te casarás con Herminia.

JACOBO.

Y tú?

CLARA.

Yo?... Dios mio, si es necesario, me sacrificaré.

JACOBO.

Sacrificarte?..... te habrán pedido algo..... te habrán hecho sufrir...

CLARA.

No, no me han pedído nada, soy yo quien he reflexionado, quíen he pensado en tu posicion y quien me he dicho á mí misma, que para tu porvenir el nombre de tu padre te será mas útil que el mio, y para esa jóven que te ama, que ha sido resignada y consecuente, el nombre y el título de su familia son preferibles.

Hijo mio, yo no tenia mas que mi nombre y te lo he dado; es el nombre de gentes oscuras, pobres é ignorantes, y cuando le he leido acompañado de tantos elogios, no podia menos de pensar en los que le han llevado antes de nosotros, mi madre, mi padre que no sabian leer... y (*sonriéndose*) y que han tenido un nieto que ha salvado al mundo. Sabes que Dios ha sido muy bueno para nosotros? Tú has amado siempre á tu madre, y hé aquí los que él protege. Cuando eras pequeño, eras tan bueno, tan cariñoso! Me parece que te veo aun jugando cerca de la mesa donde yo trabajaba hasta las dos y las tres de la mañana Tú comprendias que trabajaba para tí, y abrazándome con tus bracitos me decias: Descuida, madrecita, cuando sea grande trabajaré á mi vez y serás rica... Hijo querido! estos recuerdos hacen llorar, pero hacen mucho bien. (*Se abrazan llorando.*)

JACOBO.

Pero yo no quiero que llores, madre mia; al contrario, vas á ser mas feliz que nunca.

CLARA.

Oh! no, ahora que eres célebre, ya no quieren que seas mi hijo.

JACOBO.

Yo? te engañas... pero tú no sabes...

ESCENA SÉPTIMA.

LOS MISMOS Y ARÍSTIDES.

ARÍSTIDES, *saliendo.*

Cómo! las once de la mañana, y ya se llora aquí?

JACOBO.

Sí, un poco... por no perder la costumbre.

ARÍSTIDES.

Era necesario advertirme, habria vuelto mas pronto y hubiéramos llorado juntos. En fin, otra vez será. Estabas ahí cuando vinimos hace poco? Nos has dejado marchar para quedarte solo con tu madre: has tenido razon; pero el criado me ha hecho una seña y he entendido. He acompañado un poco al marqués, y despues le he dejado, pretestando un negocio; es un hombre escelente, pero queria abrazarte antes que él.

JACOBO.

Respondedme, padrino: qué es ese reconocimiento de que me habla mi madre?

ARÍSTIDES.

Ah! es verdad. Te vas á llamar el señor de Sternay, el conde de Sternay, porque por medio de la combinacion que ha encontrado el señor de Sternay serás noble.

Sí, todo está convenido, tu matrimonio, tu nombre, lo que debes de pedir al gobierno. No tienes que ocuparte en nada. Vas á vivir con el señor de Sternay y su mujer; qué honor! Es tu papá el que ha arreglado todo; te quiere mucho tu papá... le ha cogido un poco tarde, pero, cáspita! sabe desquitarse. Va á venir con la marquesa: sé hombre! En cuanto á tu madre, ya comprendes, te ha sostenido por espacio de veinticinco años, no te ha abandonado, te ama... pero no puede servir ya para nada: á cada uno su vez: se irá á una provincia, al estranjero; con tal que no se la vea mas, es lo que importa... Eso es...

JACOBO.

Es completo entonces?

ARÍSTIDES.

Completo, te lo aseguro.

JACOBO.

Habeis reido mucho con todo eso?

ARÍSTIDES.

No, te esperaba para reir contigo.

ESCENA OCTAVA.

LOS MISMOS Y STERNAY.

STERNAY, *saliendo.*

Al fin, mi querido Jacobo. (*Le toma en sus brazos antes que Jacobo tenga tiempo de retirarse.*)

JACOBO.

Buenos dias, mi querido señor de Sternay, buenos dias... tengo mucho gusto en veros.

STERNAY.

Cómo! mi querido señor de Sternay... pero todo el mundo sabe la verdad... ven á mis brazos.

JACOBO.

Ahora, ahora... y la señora marquesa cómo está?

STERNAY.

Viene con mi sobrina, pero yo tengo todas las facultades: el marqués las acompaña; pero he querido venir antes que ellos: deseaba.,.

JACOBO.

Entonces, caballero, puesto que representais el consejo de familia, y que he vuelto espresamente para buscar á mi madre y casarme, me aprovecharé de que la señorita Herminia no ha llegado aun, para renovar la demanda que os hice en otro tiempo. Me llamo Jacobo Vignot, no tengo mas que mi madre; mi fortuna es de quinientos mil francos; soy caballero de la Legion de honor y cónsul; amo á vuestra sobrina, ella me ama: tengo el honor de pediros su mano.

STERNAY.

Pero si os la concedemos, mi querido Jacobo; está convenido; solamente que os habeis engañado: no os llamais ya Jacobo Vignot, os llamais Jacobo Sternay.

JACOBO.

Yo, caballero! y desde cuándo?

STERNAY.

Desde que he consentido en reconoceros, juzgándoos digno de mi nombre.

JACOBO.

Sois muy generoso, caballero; pero debiais haberme prevenido antes.

STERNAY.

Por qué?

JACOBO.

Porque no teniendo nombre, yo me he hecho uno y asi habria doble empleo.

STERNAY.

He dicho en todas partes que erais mi hijo.

JACOBO.

Me permitiréis que os diga que habeis hecho mal, caballero, porque yo jamás me he permitido decir en ninguna parte que erais mi padre.

STERNAY.

Pues el enlace no puede tener lugar sin este reconocimiento.

JACOBO.

Entonces no puedo decidir nada sin tomar parecer de...

STERNAY.

De quién?

ESCENA NOVENA.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS, LA MARQUESA Y HERMINIA.

JACOBO, *viendo salir á Herminia, el marqués y la marquesa.*

De mi mujer; puesto que ella debe llevar el mismo nombre que yo, tiene el derecho de escoger en el número.

LA MARQUESA *á Clara.*

Buenos dias, querida... (*La da la mano.*)

CLARA.

Buenos dias, señora.

JACOBO, *dirigiéndose á Herminia.*

Llegais á propósito, Herminia; acabo de pedir de nuevo vuestra mano á vuestro tio, y él me la concede; sin embargo, hay un consentimiento que necesito obtener.

HERMINIA.

Cuál?

JACOBO.

El vuestro.

HERMINIA.

No le teneis hace mucho tiempo?

JACOBO.

Sí, pero cuando me lo habeis concedido ignorábais muchas cosas, que ignorais aun, y que yo quiero que sepais... Cuando esto se verifique seréis libre de retirar vuestra palabra.

HERMINIA.

Qué es? hablad.

JACOBO.

Desde el dia en que me permití deciros que os amaba, Herminia, muchos acontecimientos han atravesado mi vida. Cuando os conocí, creí no tener nada mas que hacer que amaros.

HERMINIA.

No me amais ya?

JACOBO.

Al contrario, os amo aun mas; pero he envejecido de diez años durante los diez y ocho meses que acaban de pasar. No soy ya un hombre de mundo; ya no soy un jóven á pesar de mi edad. Soy un hombre de trabajo y de lucha; no pertenezco á mis sentimientos, pertenezco á mi pais que me recompensa con exageracion el servicio que he tenido el honor de hacerle. Me es necesario vivir lejos de Francia, lejos de las costumbres, y de las afecciones de vuestra juventud, no será pediros demasiado?

HERMINIA.

No he vivido durante diez y ocho meses en el convento esperando ser vuestra esposa? y entre nosotros, no es muy divertido. Creeis que durante estos diez y ocho meses no he reflexionado y no he adivinado que habia una pena en vuestro corazon, que era necesario consolar? un misterio que respetar en vuestra vida, y una desgracia que haceros olvidar en el porvenir, y que era necesario amaros no mas, porque seria imposible, sino mejor; me entendeis, no es verdad? y que era necesario ser mas que vuestra mujer, vuestra amiga! ... He reflexionado bien, Jacobo, — os lo repito, — y creo que soy la compañera que necesitais.

JACOBO.

Ahora mi deber es deciros la desgracia que habeis presentido; el hombre á quien amais, Herminia, es hijo natural. Mi madre nunca ha sido casada, mi padre nunca me ha reconocido por hijo suyo; ved porque la marquesa se oponia á nuestro matrimonio. Me reprochaba mi nacimiento, y no me lo perdonaba. Consentís sin embargo en que mi madre os llame su hija?

HERMINIA.

Es vuestra madre, Jacobo, no tengo necesidad de saber mas.

JACOBO.

Ahora dadme un consejo.

HERMINIA.

Oh! decid.

JACOBO.

Mi padre vive aun; me ha olvidado durante mas de veinte años, y hoy me ofrece su nombre. Debo aceptar este nombre y el título que le acompaña, ó guardar el de mi madre?

HERMINIA.

Debeis perdonar á vuestro padre, Jacobo, porque siempre se debe perdonar; pero es preciso guardar el nombre de vuestra madre, que habeis ilustrado y que ilustraréis aun mas. Este nombre llevado por vos, es la absolucion de vuestra madre, y la recompensa de lo que ha hecho por su hijo. Yo para mí no quiero otro, pues estoy muy orgullosa con ese.

JACOBO.

Querida niña! vuestro corazon está hecho para el

mio, y me habeis comprendido. (*Presentando Clara á Herminia.*) Mi madre, Herminia.

CLARA.

Hija mia!...

LA MARQUESA.

Dispensadme, pero...

JACOBO.

Sé lo que vais á decir, señora marquesa : que desde el momento en que no acepto las condiciones que han sido hechas, está libre de su promesa.

LA MARQUESA.

Eso es, caballero.

JACOBO.

Y que mi negacion hace perder un título al señor de Sternay. Felizmente, mientras que el señor de Sternay habia tenido á bien ocuparse de mí, yo habia tenido la idea de ocuparme de él, y he encontrado un medio de conciliarlo todo. El ministro me preguntó con mucha amabilidad, qué favor particular deseaba en el momento de mi enlace. Le contesté que no tenia necesidad de nada; sin embargo, que entraba en una familia respetable pero particular; y he pedido el título de conde para el jefe de esta familia; sabiendo que hace mucho tiempo ambicionaba él este título, que además habia pertenecido á sus antepasados, y que lo habia perdido por el enlace de su madre. El ministro ha obtenido de S. M. este favor, y me ha dado las cartas que confirman esta promesa. Vedlas aquí, caballero, á partir de este dia sois conde.

STERNAY.

Os vengais, noblemente, Jacobo; pero si no quereis

llamarme vuestro padre, me permitiréis llamaros mi hijo?

JACOBO, *sonriéndose.*

Sí, tio mio; y bien, padrino, qué haceis?

ARÍSTIDES.

Yo?... lloro.

FIN.

LA CAPRICHOSA

Este periòdico sale una vez al mes; cada número irá a pañado de un precioso figurin de MODAS de señora y cada tre ses de un figurin de caballero con esplicaciou de las modas respondientes.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Paris, 10 fr. (38 rs.) al año.
En España, Inglaterra, etc., 12 fr. al año (46 rs.)
En América, 3 pesos fuertes al año, hasta el puerto donde toquen los vapores.

A efecto de convenciones hechas con la Administracion del Hispano-Americano, todo suscritor al Eco Hispano-Americano y Ilustracion Hispano-Americana tendrá derecho, sin aumen precio, á una suscricion á LA CAPRICHOSA.

Todo suscritor á la Ilustracion Hispano-Americana *sola*, t derecho á la CAPRICHOSA pagando 2 ps. fs. en lugar de 3.

EL ECO HISPANO-AMERICANO

que ha adquirido en todos los paises españoles de América ta pido é inmenso crédito, aparece cada quince dias y se espid el correo.

Se compone de un gran pliego en cuarto, conteniendo la mater un volùmen de mas de 125 páginas del tamaño de la CAPRICH y encierra la Revista Política, etc.

LA ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA

que se publica igualmente cada quince dias, y se espide por el c forma un gran periódico ilustrado con magníficos y lujosos g dos por los primeros artistas de Paris, representando los s recientes mas notables y conteniendo en sus *veinte y seis* gr columnas de texto, un Correo de Paris, Novelas escojidas, or les de España las unas, y las otras traducidas, todas de auto conocido mérito y reputacion, *articulos literarios*, *composi poéticas*, *noticias curiosas*, *anécdotas de la quincena*, *Bibliograf*

El precio de la suscricion al Eco Hispano-Americano y á la tracion dando derecho á la suscricion de LA CAPRICHOSA mas módico que hasta el dia se ha visto en periódicos de Ultr sólo varia de 12 ps. fs. á 16 ps. fs., segun las localidades.

Paris. — Imp. d'Aubusson et Kugelmann.